

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE PSICOLOGÍA

FIDES ET LABOR

Jóvenes Padres. Estudio Exploratorio de Paternidad en Padres Universitarios de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

Trabajo de titulación para optar al grado de
Licenciado en Psicología y al título de Psicólogo

Profesora Patrocinante:
Alumnos Tesistas:

Luisa Castaldi
Valeria de Jesús Briones Vega
Javier Alejandro González Araya

Viña del Mar, Junio de 2015

Jóvenes padres. Estudio exploratorio de paternidad en padres universitarios de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

La presente investigación tiene como finalidad conocer y comprender las experiencias y vivencias de paternidad de jóvenes padres pertenecientes a la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Se trata de un estudio cualitativo de tipo exploratorio donde se indaga en la experiencia de paternidad de cinco jóvenes estudiantes que son padres mientras cursan su formación profesional en la universidad. Se considera este estudio la puerta de entrada al mundo experiencial del grupo y así empezar a visibilizar sus características, necesidades y demandas.

Palabras Claves: Paternidad, Vida Universitaria, Juventud.

Introducción

La paternidad joven como problemática subjetiva y fenómeno psicosocial no ha sido estudiada ni observada con mayor profundidad ni detenimiento. En parte esto se explica puesto que el estudio de la paternidad y el ejercicio de la misma es una temática que ha empezado a visibilizarse desde hace algunas décadas y se relaciona también con la división de las tareas de género y la poca atención que se le dio inicialmente al desarrollo de nuevas masculinidades que promovieran o fueran participe de un escenario proclive a la igualdad de género.

Los estudios relacionados a la paternidad se han adscrito principalmente a las miradas propuestas desde la psicología del desarrollo y la teoría del ciclo vital, que inscriben la paternidad/maternidad como tareas o eventos propios de la etapa adulta, centrándose, por lo tanto, en los elementos disruptivos que significa el ser madre o padre en una etapa del desarrollo diferente a la “normal”.

En este sentido, las investigaciones en nuestro país han estado dirigidas mayoritariamente hacia la comprensión de las experiencias, trayectorias y significados del ser madre y el ejercicio de la maternidad, en segundo lugar han estado dirigidas hacia los adolescentes padres (nuevamente teniendo en las madres al grupo más estudiado), y en tercer lugar, a los adolescentes padres de escasos recursos. No está de más decir que los programas, apoyos y ayudas estatales o

privados han estado orientados también a estos grupos. En consecuencia, se ha generado una suerte de invisibilización hacia el padre joven y, por lo tanto, un total desconocimiento de quiénes son y qué necesitan para llevar en buenos términos el ejercicio de su paternidad.

Nuestro acercamiento a esta temática y al grupo se originó, primero, en el interés de aportar al desarrollo y promoción de un estilo de paternidad activa y de responder a la supuesta necesidad de orientación en los cuidados del hijo de estos universitarios. Sin embargo, nos topamos con el nulo conocimiento de las características del grupo y, por tanto, imposibilitados de identificar y dar respuesta a alguna de sus demandas. Fue imperioso entonces tomar como punto de referencia otros grupos estudiados que se encontrarán en una situación similar a la de estos jóvenes padres universitarios; adolescentes y adultos padres, así como los elementos que configuran la “pertenencia” a la etapa del ciclo vital que sería la juventud.

Otro factor que nos estimuló a comenzar esta investigación es la creencia, desde diferentes sectores de nuestra sociedad, de que el grupo de los universitarios estaría más permeado que otros a los discursos de paternidad alternativos. De este modo, nuestra investigación estaría orientada a identificar elementos, por un lado, de resistencia a la paternidad tradicional y, por otro, de promoción de nuevas formas de paternidad. Aunque esto fue finalmente

desechado por el diseño de investigación que decidimos realizar, la idea nos sirvió como eje para desarrollar algunas de las temáticas abordadas en la discusión.

Aunque en algún momento, intentamos caracterizar socioestadísticamente al grupo esto nos fue también imposible de realizar debido a la poca información que existe al respecto. La mayoría de los datos disponibles son estimaciones generales a nivel país y a veces regionales. El dato específico de cuántos son los universitarios padres, de qué nivel socioeconómico provienen y/o cuántos son y qué necesitan los estudiantes padres de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso no fue posible conseguir ni calcular. Esto refleja el desinterés y el abandono que existe desde diversas instancias de este grupo y nos insta a preguntarnos el por qué de esta omisión.

Así, sólo nos es posible señalar que la población de universitarios está compuesta en su mayor parte por jóvenes de clase media y alta, proveniente de colegios subvencionados y particulares pagados, de entre 18 y 24 años. En cuanto a género, sigue existiendo una leve mayoría de hombres respecto al total de la matrícula de pregrado en las universidades tradicionales.

A partir de todos estos antecedentes es que nos hemos propuesto como objetivo general indagar en el grupo de jóvenes universitarios padres de la PUCV para conocer y comprender sus vivencias y experiencias de paternidad. Para la consecución de esto nos centraremos en identificar las temáticas principales que emergen en el ejercicio del ser padre, reconociendo los actores y agentes relevantes que participan directa e indirectamente en dichas experiencias para, finalmente, aproximarnos a las formas y estilos que estos jóvenes desarrollan y construyen su rol paterno y el vínculo con sus hijos.

Marco de Referencia

Para aproximarnos al mundo en que se desenvuelven los jóvenes padres universitarios decidimos considerar las grandes temáticas que caracterizan a este

grupo y lo particularizan. Para ello empezamos preguntándonos ¿cómo -si es que lo hace- interfiere la universidad en el ejercicio de la paternidad en los jóvenes? y, a su vez, ¿cómo interfiere la paternidad en el desarrollo de la vida universitaria de los jóvenes? De este modo, las ideas referenciales que consideramos más relevantes para ayudarnos en responder dichas preguntas fueron: Ciclo Vital y Paternidad Joven. El estudio de tales conceptos nos permitió acercarnos a la vivencia y experiencia de paternidad de estos jóvenes comprendiendo y considerando el momento vital en que se encontraban y las expectativas e imaginarios que emanan desde los diversos imaginarios de paternidad, de juventud y los deberes del universitario.

Ciclo Vital

En las sociedades post-industriales occidentales es comúnmente aceptada la idea de que el ciclo vital se desarrolla en etapas secuenciales orientadas al cambio y progreso continuo de los seres humanos a lo largo de su vida. En este sentido el sujeto humano se desarrollaría en términos físicos, cognitivos y psicosociales a lo largo de diversos momentos vitales.

En la actualidad, desde distintos ámbitos en los estudios del desarrollo humano, se ha tendido a reconocer cierta arbitrariedad en tal definición pues, particularmente en la adultez, no parecen existir indicadores sociales ni físicos definitorios para indicar el ingreso o la salida hacia o desde tal etapa.

Sin embargo, aún se reconoce la relevancia de satisfacer ciertas necesidades básicas del desarrollo y manejar determinadas tareas correspondientes a cada una de estas etapas para que el desarrollo pueda ser definido como normal (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010).

Aún en consideración de la dificultad para definir con exactitud los límites que marcarían el ingreso o egreso desde o hacia una u otra etapa diversos autores plantean que la juventud o adultez emergente suele ser considerada como la etapa que comienza durante la adolescencia y culmina con la

madurez o ingreso a la adultez, sin definir con claridad parámetros etarios (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010; Urcola, 2003; Domínguez, 2008).

Siguiendo esta premisa Domínguez (2008) plantea que durante el periodo de juventud el sujeto se prepararía para cumplir ciertos roles sociales asignados a la vida adulta, tanto en el ámbito profesional como relacional. En consecuencia, los jóvenes debiesen lograr niveles de competencia que respondan a las exigencias de la sociedad de la cual son parte.

En este sentido, Urcola (2003) plantea que la juventud como etapa del ciclo vital se definiría en función de lo que él denomina marcas sociales, es decir mitos y ritos de índole social que allanarían el camino hacia la vida adulta. Por su parte Neugarten y otros (Neugarten, Moore y Lowe, 1965; Neugarten y Neugarten, 1987 en Papalia) afirman que el curso que tome el desarrollo dependerá de cómo se asuman y se desplieguen los llamados eventos normativos de la edad, los cuales ocurren en momentos específicos de la vida de los sujetos. Tales planteamientos nos indican que existen determinados eventos para determinados momentos, y el no cumplimiento de esto, o su cumplimiento fuera del momento asignado, alejaría el sujeto de la vía normalmente aceptada, situándolo en un escenario, al menos, conflictivo.

Tales postulados coinciden con el concepto de tarea evolutiva de Erikson (2000, en Villar y Triadó, 2006) donde el ciclo vital es entendido como una secuencia de encrucijadas en las que las personas se verían enfrentadas a demandas y compromisos de la sociedad, y cuya superación exitosa supondría la incorporación de nuevas competencias y la madurez en el caso de la persona joven.

En este sentido Papalia, Wendkos y Duskin (2010) plantean que los principales desarrollos de la etapa denominada adultez temprana, que va desde los 20 a los 40 años (tramo que incluye lo que entendemos como juventud) son, en términos cognitivos, la elección educativa y laboral y, en términos psicosociales, el establecimiento de relaciones íntimas, el matrimonio y la paternidad/maternidad.

Para Arnett (2006, en Papalia) la adultez es definida por tres criterios: la aceptación de responsabilidades, la toma de decisiones de manera independiente y la obtención de la independencia financiera. Sin embargo en la actualidad este tránsito puede estar marcado por varios hitos, como lo es el ingreso a la universidad, conseguir trabajo, vivir solo, el matrimonio o la paternidad/maternidad (Schulenberg, O'Malley, Bachman y Johnston, 2005 en Papalia).

Ante este escenario Papalia, Wendkos y Duskin (2010) plantean que actualmente, en la etapa considerada como el surgimiento de la adultez (20 años), muchos sujetos no se encuentran preparados para asumir las tareas que son consideradas como típicas de la juventud; llevar una vida independiente, tener un trabajo y la formación de una familia, tareas que, sin embargo, a los 30 casi todos los adultos han cumplido.

Como consecuencia de esto último, los mismos autores (2010) sostienen que, **para las sociedades industrializadas**, el período que va desde los 18-19 años hasta los 25-29 se ha convertido en una etapa del ciclo vital diferenciada, la cual denominan “adultez emergente” (diferenciada de la etapa mencionada anteriormente como adultez temprana). Esta es reconocida como una etapa dedicada a la exploración donde el joven, que ya no es adolescente, pero que todavía no ha asumido el rol y las responsabilidades de adulto, puede buscar e intentar diferentes formas de vida (estudiar y/o trabajar, tomar un año sabático, realizar trabajos voluntarios, viajar o estudiar en el extranjero, entre otras) antes de asumir las tareas del desarrollo que tradicionalmente se han asumido como propias de la adultez (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010)¹.

Por su parte Castaldi (2009) se refiere a un proceso de independización progresiva, que es el objetivo que el contexto social y cultural define como central para entrar en la etapa adulta. Esto, en términos relacionales, sitúa al

¹ Resulta relevante puntualizar e insistir en que tales trayectorias estarán condicionadas por el género, la posición económica y el origen étnico del sujeto, así como el contexto sociocultural al cual pertenezcan y al momento histórico en que se sitúen.

sujeto joven en un contexto de pertenencia familiar, siendo esta última la principal encargada de prepararlos en términos de competencias, tanto sociales como laborales, para su inserción al mundo adulto y social.

De esta forma para Papalia, Wedkos y Duskin (2010) “esta etapa ofrece una moratoria, un tiempo de espera, sin las presiones del desarrollo y con libertad para experimentar diversos papeles y estilos de vida, pero también representa un momento decisivo en el que se cristalizan de manera gradual los compromisos del papel adulto” (Papalia, Wedkos y Duskin, 2010, p. 453).

La propuesta de la adultez emergente o lo que entenderemos como juventud nos permiten pensar en ésta no solo como un momento de tránsito entre la niñez y la vida adulta, como ha sido tradicionalmente presentada desde los estudios del ciclo vital, sino que más bien como una etapa del ciclo vital con características, necesidades e intereses propios. Esto implica, a su vez, que esta etapa cuenta con sus propias tareas y mandatos, aun cuando tales estén orientadas a preparar al joven para su vida adulta.

El surgimiento de esta nueva etapa, plantea Urcola (2008), se relaciona con el retraso del ingreso al mercado laboral por una parte importante de la población juvenil, y que responde a la necesidad de un desarrollo educativo más complejo producto de los nuevos desafíos de producción y división social del trabajo. En este sentido el autor plantea que la juventud aparece como un periodo en el que se retrasa la incorporación al mercado laboral y a la vida de responsabilidades matrimoniales, siendo los jóvenes captados por las diversas instituciones educativas, así como también por el ocio y diversas actividades lúdicas que permitirán y completarán su formación social y cultural.

En este escenario Papalia, Wedkos y Duskin (2010) presentan la Universidad como una de las vías a la adultez que cada vez va cobrando mayor importancia, y donde el género, la posición económica y el origen étnico aparecen como factores relevantes.

En nuestro país, la carrera universitaria como alternativa de Educación Superior

(ESUP) resulta particularmente relevante. Según los datos entregados por la encuesta Casen del año 2003, un 85% de la matrícula total de estudiantes de ESUP corresponde al sistema universitario. Esto responde a que la educación universitaria es considerada como una inversión que permitirá la mejora en las condiciones de vida de quienes se adscriban a ella (Donoso y Cancino, 2007).²

En línea con estos datos el INJUV en su Séptima Encuesta Nacional de la Juventud (2012) indica que en nuestro país los estudios superiores se concentran en los jóvenes de mayores recursos lo cual, a su vez, definirá la inserción laboral de estos en el futuro.

En este sentido es posible observar que la universidad se presenta como un elemento de suma importancia en la construcción del proyecto de vida de parte importante de los jóvenes de nuestro país, marcando de manera significativa el trayecto que su vida tomará.

Eduardo Weiss (2012) en sus investigaciones sobre los estudiantes como jóvenes indica que los escenarios de educación formal, como lo es la universidad, aparecen para ellos como espacios de vida juvenil donde se desarrollan no solo en términos intelectuales³, sino que también viven estos como espacios de encuentro con sus pares, siendo tanto un ámbito lúdico y de diversión como una instancia de aprendizaje y reflexión en base a sus experiencias y a la formación de sus identidades. En este sentido las instancias educativas permitirían el desarrollo de los jóvenes tanto en términos de socialización como de subjetivación. De esta forma el autor pone mayor acento en las prácticas sociales de los jóvenes, las características del ocio, el uso de su tiempo y todas aquellas cuestiones que intervienen en la construcción de la propia identidad y

² Es importante recalcar que el segmento que comprende a los jóvenes universitarios corresponde a solo una parte de los jóvenes del país.

³ “En tanto institución social encargada de la instrucción y habilitación para el trabajo, es decir institución escolar, la universidad tiene por objeto la socialización sistemática, ordenada y jerárquica en torno a conocimientos, valores, actitudes que conforman los *ethos* profesionales y disciplinarios” (Garay y Casillas, 2009, p. 258)

configuran el estilo de vida de la juventud contemporánea.

A los procesos de socialización y subjetivación que los jóvenes universitarios vivencian, Soto (2005) incluye el concepto de *encargo*, el cual hace referencia a una serie de mandatos sociales respecto al joven estudiante que emergen a partir de las expectativas y demandas familiares, institucionales y sociales.

En este punto, para los sectores de clase media y alta, se configura un escenario en el cual a la juventud -como etapa del ciclo vital- se le asocia un mandato que prolonga el período de educación formal durante el cual el joven podrá explorar las opciones formativas, sus intereses personales y la elección de pareja, disfrutando de la libertad que este período le ofrece. De esta forma se construye un imaginario social, familiar y personal acerca de lo que es *ser joven* y de lo que debiese acontecer en este momento vital.

En este escenario, un elemento a destacar es la idea que plantean Donoso y Cancino (2007) al concluir que uno de los aspectos trascendentales respecto de la condición de estudiantes es que el ser alumno de educación superior en nuestro país implica necesariamente dedicación exclusiva a la tarea de estudiar (Donoso y Cancino, 2007).

De esta forma, el escenario de exigencias y expectativas (personales, familiares y sociales) que se configura en esta etapa vital delimita las tareas a las que deberá hacer frente el joven y en especial el universitario. Así, cualquier evento “extemporáneo” que implique nuevas demandas y recursos por parte del joven estudiante es vivido con inquietud y aumenta las tensiones del período.

Paternidad Joven

En el escenario planteado por los estudios y los autores revisados, donde se sostiene que parte importante de los jóvenes de nuestro país pondrían la formación profesional universitaria (y los beneficios que esta traería a mediano plazo) como elemento trascendental de su proyecto de vida, emerge fuerte la idea de que un evento que podría

adquirir un carácter disruptivo de esta trayectoria sería el embarazo y la asunción de paternidad durante el curso de vida universitaria.

Si bien es cierto, la teoría acerca de la paternidad juvenil en nuestro país es escasa, contamos con acercamientos a la paternidad adolescente que podrían ayudar a aproximarse y dar luces acerca de la vivencia de paternidad de los jóvenes universitarios.

Madrid (2005), en su estudio sobre paternidad adolescente y ordenamiento de género en Chile, plantea que las investigaciones cualitativas al respecto han permitido la comprensión de la paternidad como un evento que trastorna los proyectos y planes de los adolescentes, esto debido principalmente, a su carácter de no planificado. Tal situación genera fuertes sentimientos de incertidumbre en los adolescentes, pues se perciben como poco preparados para cumplir con las expectativas del ser padre (Madrid, 2005).

Tales investigaciones han permitido, a su vez, observar el fenómeno desde las diferencias sociales que matizan la experiencia de paternidad adolescente. Así la paternidad en los sectores populares puede ser vivida como un evento en torno al cual se puede construir un proyecto de vida, mientras que para los varones jóvenes de sectores medios y altos, el mismo suceso puede poner en jaque el proyecto de vida que ha sido fomentado y sostenido por el entorno y la familia en base a la formación profesional (Madrid, 2005).

Al respecto el INJUV (2010) plantea que la paternidad y maternidad en los jóvenes puede significar una experiencia que limita y coarta el desarrollo del proyecto de vida en vías del logro de la independencia y la autonomía de los jóvenes, sobre todo cuando esto sucede de manera adelantada y esto sería antes del término de los estudios y de la inserción al mundo laboral con las competencias y la formación necesaria (INJUV, 2010). Gallardo (2011), por su parte, propone que los jóvenes varones, ante la experiencia de paternidad, suelen sentirse más solos y desamparados pues cuentan con un menor apoyo que el otorgado a las

mujeres, tanto desde sus familias como de las instituciones, por una parte, ligadas al embarazo y la crianza, y, por otra, con las que él mantiene directa relación, es decir el trabajo y el sistema educativo.

Estas observaciones nos llevan a preguntarnos acerca de cómo es que vivencian la experiencia de paternidad los jóvenes padres que, al encontrarse insertos en una institución educacional superior y según los planteamientos expuestos por los autores, habrían construido su proyecto de vida en torno a la formación universitaria y obtención de un título profesional que supondrá una mejora en sus condiciones socioeconómicas.

Por otra parte, hablar de paternidad no es un tema de fácil delimitación. La idea de paternidad se ha transformado en el último tiempo en un concepto difícil de precisar producto de las transformaciones que se están experimentando respecto al ejercicio e involucramiento de los hombres en tareas que antes eran de exclusiva ocupación de las mujeres. Estas transformaciones son resultado del cambio vivido por la familia nuclear, la incorporación de la mujer al trabajo remunerado y las discusiones respecto a los estereotipos y roles de género.

Desde la teoría orientada a estudiar el fenómeno de la paternidad diversos autores coinciden en manifestar la existencia de un imaginario de paternidad ampliamente extendido que se ha denominado como modelo de paternidad tradicional (o paternidades tradicionales) (Arranz, 2004; Montesinos, 2004; Mora, 2005; Bogino, 2011; Aguayo et al., 2013). Este modelo define al padre como el principal proveedor y responsable, además de ser la autoridad de la familia, supeditando el papel de la madre y otorgándole a ella en exclusivo las tareas de cuidado, crianza y apoyo emocional de los hijos.

Junto a esto los teóricos plantean que, producto de los cambios sociales en torno al ordenamiento tradicional de género, actualmente coexistirían dos estilos disímiles a la hora de hablar de paternidad: uno que se ha instalado como referente mayor y, el segundo, que emerge como contraposición al concepto tradicional, pero que ha ido

tomando forma y características distintivas que no contradicen necesariamente el formato tradicional, y sin embargo incorpora nuevas exigencias al varón para con sus hijos.

Así, dentro de las nuevas tareas exigidas desde el imaginario emergente de paternidad está el involucramiento en las tareas de cuidado y crianza, el ejercicio racional y compartido de la autoridad, y la relación afectiva o el establecimiento de un vínculo profundo para con sus hijos (Arranz, 2004; Mora, 2005; Bogino, 2011) todas estas impulsadas como políticas y fomento de la paternidad responsable desde diferentes organizaciones (CEPAL, 2001, 2002, 2011; Aguayo et al., 2013).

El programa Chile Crece Contigo es un buen ejemplo de políticas estatales orientadas a fomentar una paternidad participativa. Con sus campañas “Paternidad Activa” y “Empápate” busca promover la participación activa del padre, así como la corresponsabilidad en el cuidado y crianza de niños y niñas.

Todos estos planteamientos nos llevan a considerar que la paternidad trae consigo la adquisición de nuevas tareas y demandas que, a priori, parecieran contradecirse con las exigencias de la etapa juvenil y el proyecto de vida que, desde la teoría, se ha definido. Sin embargo creemos necesario observar y reconsiderar qué es lo que realmente acontece en el grupo de jóvenes universitarios, pues estos planteamientos parecen dictaminar que el ser joven y ser padre son tareas incompatibles, excluyendo la posibilidad de que los universitarios puedan vivir su paternidad sin contratiempos o de manera menos crítica.

La revisión de estos elementos referenciales nos ayuda a observar el contexto en el que los jóvenes vivirían y construirían su juventud y su paternidad. De esta forma deseamos acercarnos a conocer y comprender la experiencia y vivencia de paternidad de los jóvenes universitarios; cómo es que su momento vital, el ser joven se ve afectado por el ser padre y cómo es que desde su juventud y experiencia de universitario construyen su paternidad.

Metodología

La presente investigación corresponde a un estudio cualitativo de tipo exploratorio, desde donde pretendemos indagar en las vivencias y experiencias de paternidad de los jóvenes universitarios de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

La calidad de estudio exploratorio responde a la necesidad de conocer la experiencia de paternidad desde el contexto de los jóvenes universitarios, perspectiva desde la cual la paternidad no se ha abordado en términos investigativos (Hernández, Fernández y Baptista, 2003). La modalidad cualitativa la hemos adoptado desde la génesis de esta investigación en concordancia con la idea de comprender el fenómeno de la paternidad universitaria desde las explicaciones y vivencias de los mismos sujetos que la experimentan. Nos adscribimos a la concepción de la metodología cualitativa como un modelo diferenciado del conocimiento objetivo, descubierto, causalista y abstracto, sino más bien, comprendiendo el conocimiento como emergente en relación, construido, interpretativo y situado (Rodríguez, Gil & García, 1996).

Selección de los participantes

En concordancia con tales planteamientos la selección de los participantes se realizó de acuerdo a la relevancia de los casos para la investigación (Flick, 2004), es decir, mediante una selección deliberada. En un primer momento la elección de los participantes fue guiada por el criterio de conveniencia, esto, principalmente, dada la dificultad para acceder a los sujetos que respondieran a los objetivos de nuestra investigación. Luego de tal selección, y para un segundo momento en la recolección de datos, se definieron los casos a revisar en función del precepto de variación máxima (Patton, 1990, en Flick 2004).

Los criterios de selección de los participantes se definieron en función del campo de estudio, es decir: jóvenes universitarios de las distintas carreras de la Pontificia Universidad Católica de

Valparaíso, varones de entre 18 y 25 años de edad, que señalasen ser padres y cuyos hijos se encuentren en edad pre-escolar.

Recolección de datos

Debido al carácter recursivo de los estudios cualitativos, y principalmente a la naturaleza exploratoria de la presente investigación, fue necesario definir dos momentos para la recolección de datos. Para un primer acercamiento se utilizó la técnica de “grupo de discusión” con la finalidad de conocer los elementos comunes, los significados compartidos (Canales, 2006), ya sea como disputa o consenso (Canales y Binimelis, 1994), que emergiera de la conversación de los jóvenes padres en torno a la experiencia de paternidad. Esta instancia inicial permitiría tanto la orientación de la investigación en el campo de la paternidad universitaria, como la posterior profundización en tales elementos (Morgan, 1988 en Flick, 2004). De este grupo de discusión participaron seis jóvenes estudiantes de las carreras de Historia, Trabajo Social, Ingeniería Comercial, Ingeniería Civil Bioquímica e Ingeniería Civil Industrial.

En base a la información obtenida en esta primera instancia y con la finalidad de profundizar en las áreas contempladas respecto de la experiencia de paternidad de los jóvenes estudiantes se definió un segundo momento en la recolección de datos. En esta segunda fase se ahondaron las principales temáticas emergidas en el grupo de discusión pues sirvieron de guía para la realización de entrevistas semi-estructuradas (Hernández, Fernández y Baptista, 2006). Para esto se seleccionaron cinco jóvenes bajo el criterio de variabilidad máxima respecto de su edad, carreras estudiadas, edad y sexo del hijo (Tabla 1).

En ambas instancias se solicitó la participación voluntaria de los jóvenes y se aseguró, a través de una carta de consentimiento informado, la confidencialidad en el manejo de la información obtenida.

	Edad	Edad y Sexo del Hijo	Área de Estudio	Residencia	Residencia Universitaria	Relación con la madre
Entrevistado 1 Esteban	22	9 meses, mujer	Ciencias Sociales	Viña del Mar	Viña del Mar	Ex Pareja
Entrevistado 2 Pedro	25	2 años, varón	Humanidades	Valparaíso	Valparaíso	Ex Pareja
Entrevistado 3 Tomás	19	2 años, varón	Ciencias y Tecnología	Valparaíso	Valparaíso	Ex Pareja
Entrevistado 4 Francisco	25	4 años y medio, varón	Educación	Santo Domingo	Valparaíso	Ex Pareja
Entrevistado 5 Juan	23	1 año y 4 meses, varón	Ciencias y Tecnología	Quilpué	Valparaíso	Pololeando (Conviviendo en la semana)

Tabla 1: *Información de los estudiantes entrevistados.* Los nombres de los participantes, sus hijos y demás personas fueron modificados para resguardar la privacidad de los mismos.

Análisis de la información

Para analizar la información obtenida se utilizó el análisis cualitativo de contenido como técnica que permite un acercamiento a los contenidos manifiestos y latentes de la información analizada (Bardn, 1996; Krippendorff, 1990; Mayring, 2000 en Cáceres, 2003), así como la reelaboración de esta información (Cáceres, 2003), respondiendo de esta forma a nuestro propósito de indagar en las experiencias y vivencias de la paternidad del grupo en cuestión, atendiendo las particularidades del mismo, su complejidad y sus comprensiones. Es importante destacar que, al tratarse de una investigación cualitativa, el análisis que se realizó de la información se mantuvo dentro de este paradigma, por lo que se trató de un proceso de análisis recursivo y flexible.

En esta línea se definió que la información del Grupo de Discusión se utilizaría para el pre-análisis sin ser parte del corpus de contenidos a analizar, pero sirviendo de guía para la conformación de éste. De esta forma el corpus de contenido seleccionado se

conformó por las entrevistas individuales semi-estructuradas, la cuales fueron grabadas y transcritas registrando fidedignamente la información e interacciones que entre entrevistado y entrevistador se generaron.

Mediante la revisión preliminar del corpus escogido se pudo observar la existencia de temáticas comunes entre los entrevistados en relación a su experiencia de paternidad, procediendo a un proceso de codificación y posterior elaboración de categorías emergentes que permitieran vincular y relacionar la información obtenida con la intención de generar nuevas comprensiones en torno a esta (Cáceres, 2003).

A continuación expondremos las categorías que surgieron de las entrevistas realizadas, esto con la finalidad de acercar de manera preliminar a los lectores a las temáticas relevantes para los jóvenes universitarios en el ejercicio de su paternidad.

Posteriormente presentaremos el análisis desarrollado de las temáticas emergidas en las entrevistas en torno a la Paternidad Universitaria.

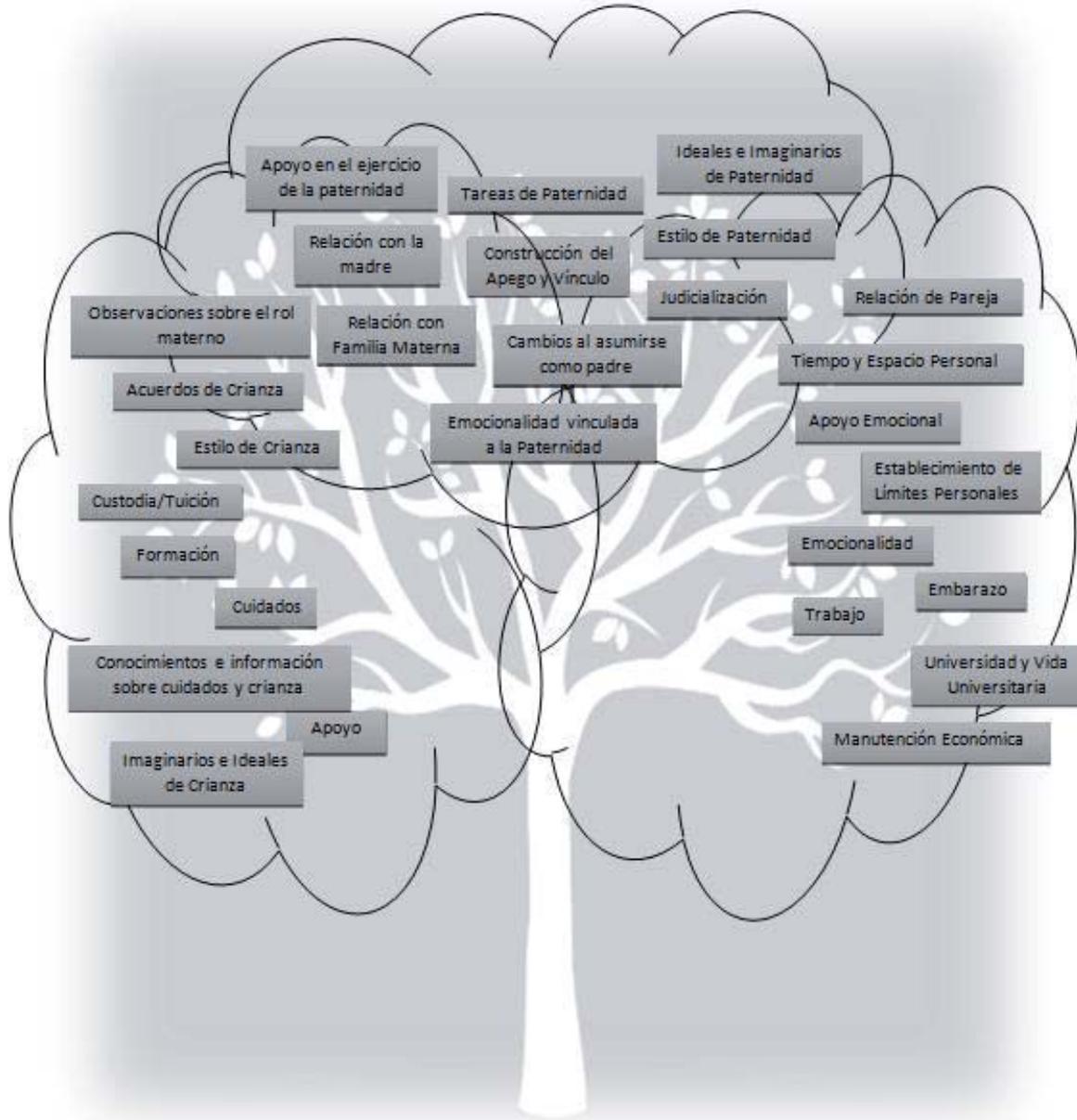


Tabla 2: *Árbol de categorías.* Las categorías que se presentan se agruparon de acuerdo a 3 grandes tópicos que identificamos como Juventud, Paternidad y Crianza. Este orden se realizó sólo para facilitar el análisis y perdió utilidad posteriormente.

Análisis

Dentro de la investigación realizada, se ha puesto el foco principal en aquellos elementos relevantes para el ejercicio de la paternidad, las exigencias del contexto universitario y las tareas que se comprometen para el desarrollo de su proyecto de vida.

A continuación expondremos los elementos que emergieron en nuestra

investigación en torno a la experiencia de paternidad en los jóvenes universitarios.

Hacerse responsable y trabajar

Desde los relatos obtenidos de las entrevistas a los jóvenes padres universitarios es posible observar que ellos viven y significan la etapa del ciclo vital que atraviesan -la juventud- como un período

tranquilo, sin grandes presiones ni responsabilidades. Su mayor ocupación es el estudiar, e incluso esta es vivida con cierto relax, permitiéndose la inasistencia a clases, la reprobación de ramos, el cambio en la elección de carrera, entre otras posibilidades que son aceptables (y hasta esperables) durante este período.

En este escenario la noticia del embarazo es vivida por los jóvenes como un hecho que llega antes de tiempo y complejiza el momento vital en el que se encuentran, independiente de si están o si se sienten con más o menos herramientas y recursos para hacer frente al mismo. Los sentimientos que evocan cuando relatan esta situación son de angustia, malestar, incertidumbre e incredulidad que responden más bien al posible gran impacto que implicaría en lo inmediato y a la pérdida que significaría para su etapa vital.

“(…) igual quedé así, no-no la creía tampoco, quedé como... la primera reacción de uno es como... ojal-no creo que sea verdá. Como que no, no t-si no te lo esperarí tampoco... esperarí que, no sé, que esté malo el test, que... y nosotros hici-la Cata se hizo un test de de orina y después fuimos a hacer al tiro uno de sangre pa' ya pa' estar seguro.” (Esteban, 1:65)

“(…) en el fondo yo me sentía, chuta, decía “chuta igual es como que es más responsabilidad”, pero también decía “chuta igual es bakán”, es bakán, me imagino, me-me lo imaginaba cuando, cuando creciera.. Y, y por otro lado decía “pucha que, que la embarré”.” (Juan, 5:106)

Pese a esta reacción inicial los universitarios manifiestan inmediatamente la necesidad de hacerse cargo y hacer frente a este evento no-planificado. Así mismo señalan que, aunque lo pensaron, nunca consideraron el aborto como posibilidad concreta, aunque algunos de los entrevistados sostienen que su pareja si contempló la opción. Para los jóvenes se transforma en mandato el asumir el embarazo con responsabilidad y eso se traduce en tener al

hijo más allá de las implicancias que tendrá para el futuro inmediato del universitario.

“- ¿A ustedes nunca se le les pasó por la mente... abortar, o algo así?

- En un principio lo, la Catalina, como que, estaba tan desesperada que me decía “no lo puedo tener, no lo puedo tener, yo noo”. Yo no por lo menos. Yo traté, porque fue más bien un intento como de... desesperación más que cualquier otra cosa yo lo... yo lo vi así. (...) La verdad es que nunca lo vimos como una opción...

- ¿Y tú? ¿Tú qué pensaste cuando...

- ¿La Catalina me dijo?, que no, le dije “no, ni cagando” si ya, ya darl, si ya... tábamos así no más, si ya la cagamos la cagamos, si ya estamos...” (Esteban, 1:64)

“(…) el ser padre era una responsabilidad que, a mi parecer no es delegable. Yo no lo puedo delegar a una persona el, el, mi, mi responsabilidad de ser padre (...) Y me, me refiero a que puede ser tanto como el dejar sola a una mujer o como el abortar, o el darlo en adopción (...) en mi postura creo que..., que es incorrecto el dejar a, a, a dar un hijo en adopción cuando uno tiene las capacidades y las posibilidades.” (Juan, 5:16).

Al momento de consultar a estos jóvenes respecto de los métodos contraceptivos, la mayoría de ellos comentó que sus parejas utilizaban pastillas anticonceptivas o el método del ciclo menstrual, dando casi por sentado la infalibilidad de su pareja o de los métodos utilizados. Frente a este hecho, pareciera promoverse la idea de que la responsabilidad de la contracepción y la prevención del embarazo recaen principalmente en la mujer. En el mismo sentido, aparece frecuentemente entre los padres entrevistados que la confirmación del embarazo también fue tarea de su pareja, asumiendo el joven, un rol pasivo respecto de su propia sexualidad y la prevención del embarazo.

“Ella tomaba pastillas, supuestamente. No sé, se le olvidó, quizás, no sé qué onda. Y ya yo no ocupaba condón porque no sé, no, no me daba el tiempo de comprarlos (...) se supone que no tendría que haber quedado

embarazá si estaba tomando bien las pastillas. O quizás fue un desorden hormonal (...) quizás se le olvidó. Porque igual era olvidadiza de repente en algún te, ámbito. (...) O quizás no fue así, o quizás las pastillas no funcionaron como debieron haber funcionado, no sé.” (Tomás, 3:10)

“No nos cuidábamos. (...) No le gustaba [tomar pastillas anticonceptivas]. Era a la suerte de la olla. Es que ese trat, igual tratábamos de cuadrarnos, de, porque según ella tenía un, un ciclo súper estable menstrual. (...) Y así estuvimos siempre. Hasta que quedó, parece que calculó mal.” (Francisco, 4:16)

La mayoría de los jóvenes sostiene que, ante la noticia del embarazo, se produjo en ellos un cambio de mentalidad que lo refieren como una maduración súbita. Este cambio se revela como un aumento en la responsabilidad en sus estudios y el impulso inicial de dar respuesta a las futuras necesidades económicas que plantea el nuevo escenario.

De este modo, la idea que prima entre estos jóvenes es la asunción de la responsabilidad frente a los propios actos y, en seguida, las reflexiones del cómo hacerse cargo del niño que está por nacer. Sostienen que la principal preocupación es de índole económica por lo que su respuesta automática fue la de buscar trabajo para cubrir las necesidades del hijo.

Además de anticiparse a los gastos de mantención del hijo, se dan cuenta y asumen que deben hacerse cargo también de los gastos asociados al embarazo y los controles de salud de la madre embarazada. Por ello, la necesidad de contar con dinero antes del nacimiento aumenta la urgencia de encontrar un empleo que satisfaga dichas pretensiones.

Así, la tarea de proveer va adquiriendo un peso importante entre los nuevos mandatos del joven universitario. Este peso es mayor en algunos jóvenes pues lo ven como un modo de compensar el impacto en el bienestar anímico, emocional y de salud que significa el embarazo para las madres, así como el mayor involucramiento de ellas en las labores

de cuidado y crianza durante los primeros meses de vida del hijo.

“(…) yo siempre he dicho, yo no, la responsabilidad de ser padre no comenzó en el momento que nació mi hijo sino en el momento que m’ enteré. Y fue, como que, me enteré un día miércoles, día marte, no sé, y yo, al subsiguiente fin de semana ya estaba trabajando. Fue, así empezó mi responsabilidad.” (Juan, 5:2)

“¿Cuándo estuvo embarazá? No hice na’, parece. Pero cuando nació sí, el Seba ya tenía poquitos meses, pero desde que nació empecé a hacer eso [refiriéndose al trabajo]. Pero después, en el verano, lo hice como... como 2 veranos no más.” (Francisco, 4:32)⁴

“Yo siempre dije “Ah, yo me la puedo”, entonces, siempre la idea mía fue tratar de llevarme el peso, esa responsabilidad, porque yo soy consciente que la, la mujer lleva mucho más el peso que el hombre en el aspecto de la maternidad.” (Juan, 5:27)

Además de vivirlo como una auto-exigencia, la tarea de trabajar para proveer (o tan sólo la de proveer) también es sostenida y demandada por la madre y la familia de origen de ésta, llegando en algunos casos a poner en juicio la decisión del joven de continuar sus estudios. Esta situación es vivida con molestia, pero el joven considera que la ocupación más importante para sus proyectos y el futuro de sus hijos es la consecución del título universitario.

“[La mamá de mi hijo] me dijo que... que... ella... no iba a estudiar más, así. Dijo que ella, el próximo año, trabajaba sí o sí. Y que ella no estaba ni ahí en estudiar. Que prefería darle la plata ahora al Andrés... que estudiar (...) Yo le dije que se iba a arrepentir en el fondo po’. (...) Y llegó y dijo que lo que estudiar en la Universidad pa’ ella, ella, era un lujo. Que era un lujo

⁴ Aunque el impulso de trabajar nace en los jóvenes desde la noticia del embarazo, la búsqueda de trabajo y la consecución del mismo se dan, en varios de los casos estudiados, posterior al nacimiento del hijo.

estar estudiando en la universidad.”
(Tomás, 3:44)

“La persona que se enojó fue la mamá de ella, ella se enojó conmigo (...) me dijo “Y tu queee”, me, me encaró así como ya “Y qué, y qué pensai hacer” y la cuestión (...) yo le dije “Na, tenerlo po’, ¿qué vamos a hacer?” Y “Pero cómo y la cuestión. Tú no estai ni trabajando” y (...) como, como que ella, como que esperaba como que yo me pusiera como, dejar de estudiar, me pusiera a trabajar, una cuestión así.” **(Francisco, 4:23)**

La importancia otorgada a la continuación de los estudios y obtención de un título universitario, pese a las nuevas tareas que surgen de la paternidad, es una urgencia que no sostienen exclusivamente los jóvenes entrevistados. Desde su entorno, particularmente desde su familia de origen, se insiste en la relevancia de no descuidar las tareas asociadas al ser universitario, quehaceres definidos como prioritarios. En los casos que la madre también es universitaria, la familia materna también reitera el consejo a ambos progenitores de no descuidar la carrera.

“(...) Si de hecho nos dijeron “¿y ya que van a hacer ahora?” no. Y yo les dije “ponerme a trabajar al tiro”. Y la Cata igual quería ponerse a trabajar... y nos dijeron “no ya, o sea si van a trabajar trabajen, pero lo principal son los estudios, que no los vayan a dejar de lado.” **(Esteban, 1:71)**

“[Mis padres] me dijeron que yo tenía que estudiar. Me dejaron claro que yo no podía ponerme a trabajar. O sea fue como un consejo.” **(Tomás, 3:25)**

Anteriormente se mencionaba que los jóvenes consideran que existe mayor involucramiento de la madre en los primeros meses de vida del hijo. Esta idea sobre el rol materno es, a su vez, confirmada y reproducida por la madre, configurando así que la dupla parental divide las tareas y actividades de crianza. Así también el padre adopta una posición de observador pasivo y contempla desde cierta distancia la crianza y

las tareas de cuidado del recién nacido. Por momentos, durante este período, el varón también se arroja el rol de acompañante emocional de su pareja.

“La Renata tenía hambre y la única que podía ayudarla era la Cata.... Y que el mismo hecho de que estuvieran tanto tiempo juntas, que yo... podría haberlo estado, pero quizás no estuve..., pero... el mismo tiempo que la Cata tenía, yo no lo podía tener con la Rena. (...) No ‘tuve ni la mitad del tiempo que tuvo la Cata con la Rena desde chica po’..., por lo menos en un principio. Entonces la Cata ya conocía **todo** lo que hacía la Rena, le, le sabía identificar desde muy chiquitita todo lo, los gestos (...). Los nueve meses yo creo que fueron eso tratar de estar junto... como apoyándonos.” **(Esteban, 1:55 y 1:59)**

Esta configuración refuerza la posibilidad del padre de seguir estudiando -conservando el estatus de universitario- a la vez que pueden empezar a trabajar al contar con el tiempo que no dedica al cuidado del bebé. Las madres en cambio, según el propio relato de estos jóvenes, deben congelar y postergar sus estudios durante, al menos, el primer semestre desde que nace el hijo. Se observa que ninguna de estas jóvenes se puso a trabajar en ese período sino que se dedicaron exclusivamente a las labores de cuidado del niño.

“Ella también le fue bien en el tema de que cuando estuvo embarazada los 2 semestres aprobó todo, y luego tomamos la determinación de, de que ella congelara un año. Bueno eh, fue una decisión que más que nada tomó ella con su familia de que iba a congelar un año por el tema de, de dedicarse bien al, al tema de la maternidad el primer año.” **(Juan, 5:17)**

Trabajos a los que se accede

En este contexto, el trabajar se transforma en la principal tarea de la paternidad recién asumida, sin embargo, entra en conflicto con la necesidad de continuar la carrera universitaria. Así, el trabajo buscado deberá dar respuesta a las necesidades económicas

del ser padre y, a la vez, no interferir en la demanda horaria del universitario y sus exigencias académicas.

“(…) Era de copero. Copero en un restaurant. Los fin de semana. Trabajé too el verano los fin de semana (...). Hasta febrero. Y de ahí entré a la U y no trabajé. Hacía un pituto de repente... cuestiones que me conseguía, pero nunca un trabajo estable despué’.” **(Esteban, 1:62)**

Dentro de las estrategias que adoptan los jóvenes para poder asegurar la mantención económica del hijo, se encuentra la posibilidad de concentrar el trabajo durante los períodos de vacaciones universitarias y planificar los gastos durante el año. Esto permite un mayor acomodo para poder disponer de más tiempo durante el período de clases.

“Trabajaba los veranos... y... el, lo que, lo que hacía en el verano lo dividía de Marzo a Diciembre. (...) Así que yo me perdía lo, los veranos, y me fui a trabajar a lo, a los buses, eh, de auxiliar de bus a Santiago”. **(Francisco, 4:31)**

Además, si igualmente deciden trabajar durante el período de clases, el tipo de trabajo al que podrán optar dependerá esencialmente al tiempo restante del que la Universidad exige. Esto orienta y restringe la búsqueda a empleos de tipo ‘part-time’, la mayor parte de ellos precarizados.

“(…) en estos momentos estoy haciendo la tesis, eh, bueno, aparte de eso trabajo, ehm, cuento cuentos, ehm, limpio una casa. (...) Tres veces a la semana limpio una casa y con eso me hago como, como un sueldo base chiquitito, me sirve pa’ moverme.” **(Pedro, 2:1 y 2:2)**

“Los fines de semana trabajo en supermercado, así como embolsando la, las cosas, pero son tres horas que podís trabajar al día, son como turnos que te dan de tres horas. Y eso es lo que hago el fin de semana, ahí te hacís como siete a diez lucas más o menos, en ese rato.” **(Francisco, 4:33)**

Es por ello que, a medida que avanzan en la carrera y la carga horaria disminuye, pueden optar a empleos más estables y, en ocasiones, de tiempo completo. Esto no estará mediado tan sólo por encontrarse en los últimos años de la carrera, sino que dependerá más bien de la flexibilidad curricular de la malla y la disposición de la organización dónde se trabaja a permitir la asistencia a los ramos que le faltan para terminar.

Lo precario de la mayoría de los trabajos que se adaptan a la situación del joven universitario radica en los bajos ingresos obtenidos, la falta de contrato de trabajo, la inestabilidad laboral, el no pago de imposiciones y la consecuente imposibilidad de ingresar al sistema de salud (ya sea Isapre o Fonasa). Esto último trae como efecto, por ejemplo, que la previsión de salud de su hijo no pueda quedar a cargo del joven, debiendo ser alguno de los abuelos, en la mayoría de los casos la abuela materna, quien tenga como carga familiar al niño.

Así, algunos elementos hasta ahora expuestos van propiciando cierto derrotismo y conformidad del joven respecto de su situación laboral y, en consecuencia, se va postergando la búsqueda y mantención del trabajo como herramienta principal y exclusiva para responder a las necesidades económicas del hijo.

Trabajar ya no es urgente

Antes de ser padres, estos jóvenes se reconocen como estudiantes. Esta condición es vista como un mandato social, pero también como un tránsito indispensable para el proyecto de vida que ellos han ideado. De este modo, la estabilidad económica, su realización personal y el ascenso social respecto de su familia de origen estarán asegurados si ellos logran recibirse de una carrera universitaria. Estos “beneficios” asociados al estudio universitario le otorgan mayor relevancia y urgencia a éste, relegando a un segundo plano la necesidad de trabajar.

“(…) Yo sé que tengo que estudiar, tengo que tener un, una carrera para darle un

buen bienestar a mi hijo, tanto académico como, como emocional.” (Juan, 5:83)

De esta forma, la urgencia inicial de trabajar es compartida con la de titularse lo antes posible y viene dada, como se menciona más arriba, como otra de las maneras en que estos jóvenes asumen el hacerse cargo de su paternidad. El beneficio económico (o la fantasía de éste) que conlleva la titulación de una carrera universitaria permitirá al padre, en un mediano plazo, dar mayor cobertura y respuesta a las demandas materiales del hijo.

Así, otra de las premisas que emergen con el embarazo, es la de “ponerse las pilas” en lo que respecta a sus estudios. Como primera medida los entrevistados deciden no ausentarse más de clases y luego, en algunos casos, tomar una gran cantidad de ramos en el semestre inmediato a la noticia del embarazo o luego del nacimiento de su hijo como forma de obtener con celeridad su título universitario.

“(…) para **subsana**r eso el segundo semestre (...) tomé **13 ramos** en la U. (...) Porque tenía que adelantar lo que me había atrasado, y tratar de adelantar lo que, lo que venía.” (Pedro, 2:54 y 2:55)

“(…) yo dije va a nacer cuando esté en 5° año, falta poco, entonces ahí fue cuando yo tomé la determinación de mirar mi malla y decir “Ya, este año que no va, el próximo semestre que no va a nacer eh tengo que ponerme las pilas po”, entonces ahí tomé la mayor cantidad de ramos que... que podía.” (Juan 5:56)

Si bien, ante la noticia del embarazo, la idea de buscar trabajo aparece como la primera respuesta para hacerse responsable del hijo por nacer, las circunstancias contextuales de cada joven ofrecerán alternativas distintas para cumplir con la mantención del hijo. Estas posibilidades permitirán que los jóvenes reevalúen nuevamente la necesidad de trabajar, aunque el sentido del deber y la necesidad de autonomía parental los mantendrá permanentemente anhelando un empleo, más

allá de si la mantención del hijo esté asegurada por otras vías.

“(…) De hecho... los **40 mil** son... son de ellos [de mis padres]. Ellos son los que ponen los 40 mil. Yo igual no he querido trabajar porque primero estaba tratando acostumbrarme al ritmo de la universidad. Porque igual es pesá la ca, la carrera. Pero yo creo que en un tiempo más igual voy a, **voy a tener que trabajar, sí o sí.** (...) Eh igual porque faltan las lucas.” (Tomás, 3:27)

Una de estas alternativas emerge al momento de informar sobre el embarazo a sus familias de origen. Surge espontáneamente el ofrecimiento de apoyo económico, por parte de éstas, para que los jóvenes puedan continuar sus estudios, dándole al joven el primer respiro. Este apoyo es el respaldo más importante que reciben, a juicio de ellos, pues permitirá dar respuesta a ambas tareas: proveer y estudiar.

También es relevante considerar el apoyo económico que la madre de su hijo recibe por parte de su propia familia. Como mencionamos anteriormente la joven madre no se ve obligada a trabajar, puesto que su principal tarea durante el embarazo es el autocuidado, y la crianza y cuidado del bebé tras el nacimiento. Existe la premisa no declarada que los gastos del hijo deben ser compartidos de forma igualitaria entre padre y madre, siendo la familia materna la que asume la parte que le corresponde a la joven. Esta repartición permitirá que los gastos asociados al embarazo, parto y cuidado del hijo sean menores para el padre universitario en comparación con no contar con este apoyo. En los casos estudiados la mayoría de las madres ha tenido que afrontar su maternidad con el apoyo presencial y material de su familia de origen.

“(…) yo creo que en eso igual juega un papel importante como el... lo social. Como, cacha que la presión económica pa' mí igual ha sido como..., como importante y, si por ejemplo si yo no tuviera la, la suerte que tengo de que, tengo el, el apoyo de mi familia, y mi familia tanto como la de

la Cata nos puede dar el apoyo económico... eh... no sé si podría estudiar y... y trabajar po'. Quizás tendría que solo trabajar." (Esteban, 1:95)

"(...) igual siento que no, no la sufrí tanto porque siempre... teníamos el apoyo de ambas familias, así que igual como que se..., como que se, se podía como soslayar un poco el asunto, pero igual..., igual tuve que empezar a..., a..., eh, ocupar mi tiempo libre, a tratar de, de, de ver en que trabajar y cuestiones así (...)." (Francisco, 4:7)

Otro apoyo importante a estos padres es la ayuda directa o indirecta que reciben por parte de la Universidad. Este se traduce principalmente en becas que, si bien es cierto, no son adjudicadas necesariamente por su condición de padres, sí son utilizadas por el universitario para la tarea de proveer. Estos apoyos, o al menos como son justificados, son un rasgo distintivo de los padres universitarios. También es propio de ellos la ayuda directa o indirecta que provee la universidad. Ésta les ofrece una cobertura institucional que no poseen otros jóvenes padres.

"Yo la tengo [la Beca de Alimentación], entonces con eso uno se puede, puede comprar mercadería igual po', en el supermercado. Entonces con mi mamá compramos cosas pa' la casa y ella me pasa la plata y yo con esa plata compro pañales, compro la leche y al final me alcanza." (Esteban, 1:77)

"(...) yo soy súper agradecido de la universidad, yo no tengo nada que decir, a mí la universidad me ha apoyado como padre montón. Quizás no directamente como... como diciendo "te vamos a ayudar porque tú eres padre", pero... eh, bueno, además de tener las becas que dan del Estado, la Bicentenario... la... la Beca de Alimentación, esa que da la, el gobierno.... (...) Por la universidad yo estuve, cuando apenas fui padre postulé a la Beca Jardín Infantil, como... como padre. (...) eran como \$18.000 pesos mensuales, que al final uno lo mira y eran dos paquetes de pañales que servía... bastante." (Juan 5:36)

Así, tanto el apoyo familiar como institucional configuran un escenario que varía en cada caso según el nivel socioeconómico de las familias de origen, el apoyo en monto que éstas pueden entregar y los beneficios que pueden adjudicarse por calificaciones o acreditación económica en la institución.

Cuando el joven no cuenta con estas herramientas que apoyen el ejercicio de su paternidad, al menos en el ámbito económico, el trabajar se convierte en la única fuente de ingresos que permitirá asumir los gastos asociados al embarazo y parto, además de cumplir con las necesidades materiales que el hijo requiera. En estos casos, compatibilizar el tiempo y quehacer de padre con el de estudiante universitario se vuelve mucho más complejo. Más aún si se consideran otras actividades a realizar diferentes a la paternidad y al estudio.

"Yo siempre he trabajado en cosas chicas, eh, eh, como se llama, he contado cuentos, que me deja como, bueno ahora ya me está dejando más, pero en ese momento me dejaba como las, lo, lo necesario como para gastar en lo extra mío. (...) Pero cuando nace el Ignacio, eh, ya no me alcanza con lo que son solamente los cuentos, entonces ahí empiezo a trabajar... realmente y, y a trabajar (...). Y después tuve que seguir trabajando porque cada vez es más, más plata, más plata, más plata." (Pedro, 2:15 y 2:16)

En este contexto, si el apoyo económico es importante, la obligación de trabajar puede posponerse durante el periplo universitario y así dedicarse principalmente a estudiar y compartir con el hijo durante los tiempos libres. En cambio, si el apoyo es escaso o nulo los tiempos dedicados a otras actividades se verán drásticamente disminuidos. Esto podría traducirse en tener menos tiempo de estudio o pasar menos tiempo con el hijo o no tener actividades fuera del trabajo, el ámbito académico y las labores de la paternidad.

"Yo le dije [a mi pareja] que lo hacía [tomar gran cantidad de ramos y trabajar],

que iba a ser ese semestre lo que, que iba a pasar eso, o sea lo que seguía después iba a cambiar, si ese semestre era pa' solucionar eso. Para adelantar las cosas y salir más pronto y salir, poder salir a trabajar (...), salir de las deudas y salir de todas esas cosas que... que, que era lo que me complicaba más. Y lo entendió, me apoyó, pero después llegó un momento donde ya fue otra causa más de, de lo que significaba la separación.” (Pedro, 2:56)

No todo es trabajar y estudiar

Además del apoyo económico, que estos jóvenes reciben por parte de sus familias de origen, se encuentra la ayuda recibida en las tareas de cuidado cuando el hijo queda a su cargo proveniente, esencialmente, de su propia madre, la abuela paterna. Su disposición a colaborar en las labores de crianza cuando ella se encuentra presente da cierta tranquilidad al padre para hacer frente a las diversas tareas y actividades en las que está comprometido. En algunos casos, es ella la que se queda con el niño cuando el joven debe salir a clases, por ejemplo. En varias otras ocasiones, es ella quien tutela al padre para que las tareas de cuidado se realicen de la mejor manera. Es necesario aclarar que el apoyo de la abuela paterna es importante cuando el niño se encuentra en el hogar del padre, pero esto ocurre sólo en contadas ocasiones puesto que la tuición principal recae en la madre y quien la apoya en esto es la abuela materna.

“La Renata se queda con la mamá de la Catalina o con mi mamá cuando nosotros tenemos clases.” (Esteban, 1:37)

“(...) Mi mamá, mi mamá igual... mi mamá era la que me a-me ayudaba hartito. Si yo no lo hacía, lo hacía ella. Sí po'. Lavarlo sí... lo hacía ella. Cuando le había que lavarle el poto, sí lo hacía ella. Sí, porque yo ahí no, no... porque igual... yo soy un poco tosco pa' mis cosas quizás. Y quizás igual podía... hacerle, limpiarle muy fuerte, no sé igual por eso dejaba que mi mamá lo hiciera, por precaución igual.” (Tomás, 3:41)

Estos jóvenes se dedican a estudiar, estar con su hijo y, en ocasiones, a trabajar. Pero no es lo único que hacen. Por ello es interesante observar que el imaginario inicial de paternidad de los entrevistados pareciera no considerar los espacios personales vinculados a la etapa juvenil, pues parecen sentir que las tareas asociadas a la paternidad y el deber de estudiar abarcarán todo su tiempo y espacio. Es así que, ante la noticia del embarazo, estos jóvenes imaginaban que ya no tendrían tiempo para realizar nada más excepto trabajar y estudiar viviéndolo como una pérdida cuasi-catastrófica. Sin embargo, esto no se concreta, aunque sí reconocen una restricción importante en los tiempos dedicados a otras actividades.

“La verdad es que yo no me sentía preparado como para... pa' tener un, un hijo. (...) yo tenía la imagen, de que ya uno es papá y trabajando y... como todo más, más estable más... más seguro pa' su hijo. Entonces tú te veí como estái... estudiando, que viví con tus papás, y ¿un hijo más encima? Entonces... pa' mi por lo menos era como... como que no podía.... Yo por cariño sabía que no me iba a quedar atrás y con amor podía, pero... sacarla adelante, pero no pue'o... uno no puede mantener una guagua con puro amor. (...) Yo creo que, el principal tema es que uno tiene much-tiene todo el tiempo pa' uno. Si querí jugar a la pelota... a la once de la noche vai a jugar a la pelota a la once de la noche, por lo menos yo podía. Si quería carretear un lunes, un martes... salía no más. Cualquier cosa lo que quisiera hacer. Entonces, al tiro sab-tení como esa imagen de que... se te van a... a cortar muchas cosas.” (Esteban, 1:67)

Algunos de los entrevistados manifiestan cierta resistencia consciente a la disminución de espacios juveniles y personales. Otros se ajustan sin cuestionamientos a la merma, y sin embargo, aprovechan de recuperarlos en cada oportunidad que se les presenta. En estos últimos se observa cierta negación de los tiempos destinados a actividades distintas del estudiar y trabajar, a pesar de que en otros momentos de la entrevista hablan de esas actividades abiertamente. De todas maneras,

en todos ellos existen una reducción importante en los tiempos que dedicaban a otras actividades como el salir, hacer deportes, juntarse con amigos, etc.

“(…) yo he tratado de, lo que te contaba delante, de tratar de que la Rena no sea una restricción para yo hacer mi vida… lo más normal o como… o como la haría si es que ella no estuviera. Que no cambiara tanto de como uno… quiere ser al final.” (Esteban, 1:67)

“(…) [El fin de semana] no hago nada, no hago nada. Si el… Si estoy con él se suspende todo po’, no hay nada. Salvo en la noche… Pero del día nada, nada.” (Francisco, 4:76)

“(…) Pero el fin de semana aprovecho siempre de estudiar, a veces me toca trabajar los sábados, que es muy poco probable, eh, me gusta jugar a la pelota…, aprovecho de, también de, de hacer mis cosas que en este, hace mucho tiempo no, no la, las dejé de hacer. Yo dejé de jugar a la pelota porque los fines de semana trabajaba y en la semana estudiaba. Eh, no sé po’, eh, tomarme algo con un amigo, comer algo, preparar algo con mis papás. También con mis papás los veía muy poco.” (Juan, 5:30)

Por otro lado, se aprecia que las actividades asociadas al estudio universitario (quedarse en el establecimiento durante las ventanas entre ramos, estudiar en casa de compañeros, ir a biblioteca, asistir a clases) no son vividas con culpa ni pesar y tampoco los jóvenes sienten que deben justificarlas o justificarse. Estos quehaceres son entendidos como parte de las tareas del ser universitario y, por consecuencia, reportan un papel trascendental en esta etapa de sus vidas, más importante que el trabajar para proveer.

En los primeros meses de la paternidad, los jóvenes intentan mantener un estado personal de absoluta normalidad haciendo de ésta un tema casi irrelevante en lo que respecta a su desempeño universitario. Como consecuencia de esto, los jóvenes sienten que las tareas de paternidad no pueden ser excusa para bajar el desempeño en la carrera que

cursan, renunciando a solicitar trato diferencial e intentando mantener el rendimiento, puesto que sostienen que las nuevas tareas no debiesen significar un impacto tan fuerte en su vida académica. En contraposición, también insisten en que es la madre quien se ve más afectada por el embarazo y posterior labores de crianza del hijo, por lo que corresponde a ésta el derecho de tener un trato distinto.

“He tratado de mantener súper al margen lo de la Rena. De hecho… mis profes, algunos saben que soy papá por, porque me han visto con la Renata oh, pero yo no, como que no he utilizado… a la Renata porque no, la verdad es que no me ha, no me ha sido como piedra de tope para mis estudios. La Catalina sí, porque obviamente estaba embarazada y todos el, su carrera siendo, con lo cuadrados que son y todo le dieron la posibilidad de… asistencia libre, y creo que se la prolongaron hasta el semestre pasado.” (Esteban, 1:99)

“(…) no me voy a quedar ni voy a ocupar esto [las tareas parentales] como una excusa para, para, o sea como una excusa para algún fracaso [académico] que quiero justificar, en ese aspecto.” (Juan, 5:104)

Es llamativo que para la mayoría de estos padres, cuando se está con el hijo, se posterga cualquier otra actividad, incluso el estudiar. Así, para poder dar respuesta a las exigencias académicas también estos jóvenes deben planificar con antelación y repartir los tiempos para rendir de manera adecuada en todas las tareas que asumen. De esta forma la paternidad universitaria, va transitando desde el mandato de proveer hacia otras tareas que copan el período universitario.

“Yo los fines de semana no estudio **nada**, no hago nada de la universidad, nada, nada, nada. Si estoy con el Seba estoy **100%** con el Seba. Y lo he hecho así siempre, la semana la ocupo pa’ la universidad y, y el fin de semana pa’ él.” (Francisco, 4:75)

El realizar otras actividades, distintas a las relacionadas con la exigencia académica y/o la paternidad, se encuentra delimitada por el

tiempo que se destine a dichas tareas. Así mayor o menor participación en el acompañamiento a controles médicos, trabajar, las tareas de cuidado, entre otras, mediarán el tiempo que pueda destinar al ocio, sus hobbies o compartir con otras personas significativas e irán copando el tiempo que inicialmente se había concebido para la tarea de proveer.

Es así, por ejemplo, que parte de los entrevistados relatan que los tiempos de permanencia diaria en la Universidad han disminuido desde el nacimiento de su hijo, limitando la estada en sus sedes casi exclusivamente a la asistencia a clases u otras actividades académicas, es decir, la vida social que realizaban en la Universidad se reduce drásticamente.

“Yo ahora, veo a mis amigos mucho menos de lo que los veía antes, yo antes los veía to’os los días, por ejemplo en la U... iba a la U, iba a clases y me quedaba harto rato después de clases ahí po’, con ellos. (...) Y compartimos ahí mismo, en el centro de estudiante nos quedamos y... prácticamente to’os los días yo me qu-iba hasta las siete de la tarde de repente a la U... y tenía clase, no sé po’, en la mañana. Ahora no, ahora de repente voy a clases y ni los veo. Voy a clases, entro a clases y... me tengo que ir porque o está la Rena en mi casa o tengo que ir a buscarla.” (Esteban, 1:73)

A la par de la pérdida de espacios en el ámbito universitario, se observa una disminución en los tiempos para actividades con amigos, cuestión que es vivida con aceptación pues muchos de los entrevistados sostienen que el poder compartir con el hijo es tan gratificante como juntarse con ellos. De todas formas, cuando no se puede estar con el niño o la planificación semanal contempla momentos dónde no se lo verá, las juntas con los amigos, los partidos de fútbol u otras actividades reaparecen rápidamente.

Respecto a su vida amorosa, cuando han podido construir una relación estable con otra mujer, es siempre en un plano secundario respecto de la relación con el hijo. Es así que el ser padre también interfiere en la posibilidad de reconstruir la vida en pareja o,

al menos, obliga a la mujer que los acompañe a tolerar la preferencia que establecen estos jóvenes: el hijo tiene prioridad sobre la nueva pareja.

“Ella... va harto a mi casa. (...) Va y... se va más temprano sí. Porque cuando no está el Andrés nos quedamos hasta más tarde juntos. Pero cuando está el Andrés ella sabe que... tiene que irse... temprano... porque yo... me dedico más a mi hijo y... me quedo con mi hijo. Si mi hijo se va a dormir yo me voy con él, así que ya sabe que no puede estar hasta tan tarde esos días.” (Tomás, 3:55)

Es necesario destacar que, aunque existe una baja significativa de los tiempos dedicados a otras actividades distintas de la paternidad y el estudio, éstas no desaparecen del todo como así lo presintieron inicialmente los jóvenes.

Otras tareas de la paternidad

La mayor parte de los elementos expuestos refieren a un imaginario del ser padre donde el rol de trabajador/proveedor es fundamental. Sin embargo, a medida que el hijo crece y surgen alternativas para dar respuesta a las necesidades económicas de éste, se observa que los jóvenes van reconfigurando este ideal de paternidad. Esto resulta, por un lado, de la necesidad de dar cabida a otras tareas y mandatos que se relacionan con las expectativas del ser joven y universitario, y, por otro lado, de la menor carga (material, emocional, horaria) que va significando el deber de trabajar.

Como se menciona anteriormente el joven se arroja un rol de acompañamiento de la madre durante el embarazo y los primeros meses de nacido. Para la mayoría de ellos resulta medular para el cumplimiento de esta tarea el asistir a los controles durante el embarazo así como su presencia en el parto. Los jóvenes también manifiestan que lo ven como un deber, pero que luego del nacimiento se convierte también en un deseo ya que les permite ir apreciando los progresos de sus hijos y estar al tanto de su salud.

“(…) me empecé a ver más complicado, empecé a atrasar cosas, a mover cosas, a hacer los tiempos mejor. Porque igual tenía que acompañar a la Cony como a los exámenes y a todas las cosas (...) quería acompañarla, quería acompañarla, todo el rato así era como quería estar en todo momento, en todo el proceso. Y sí po, me empecé a complicar, empecé a atrasarme, me atrasé con un ramo ehm y otros ramos los pasé así no más como a la rápida. **(Pedro, 2:53)**

“Yo he tratado de no saltarme ninguna etapa como papá, de no dejar nada pendiente. Y hasta el momento no lo he hecho. O sea me he perdido cosas como, no sé, un control, pero no, no, no fue el primer control. Ni el primero control después de que había nacido, ni el primer control cuando ella estaba embarazada, pero he tratado de siempre estar presente, no se po’, en, en su primera ecografía, en su examen a las caderas, **todo** lo que es como por primera vez, y que, y que considero que no me gustaría perdérmelo, siempre he estado ahí.” **(Juan, 5:101)**

Durante el embarazo y los primeros meses de vida del hijo, la mayoría de los jóvenes refiere sobre el interés de mantener la relación de pareja con la madre del niño. Esto lo justifican afirmando el deseo de ser una familia tradicional pues consideran necesaria la presencia de ambos progenitores en el desarrollo y crecimiento del hijo común. Esta idea va perdiendo fuerza cuando las desavenencias entre padre y madre comienzan a ser cada vez más recurrentes. Algunos de los jóvenes sostienen que incluso esto sería contraproducente para dar mayor bienestar emocional al niño por lo que, finalmente, deciden dar término a la relación.

“(…) tratar de... de que siguiéramos y que se, se diera bien la, la relación por el hecho de la Rena, pa’ que tuviera un poco el... no sé po’, el núcleo familiar estuviera bien conformado y todo. Pero, (...) me di cuenta que ya que si va, si querí darle un núcleo, ¿cachai?, tenís que, que sea bien conformado y que, al final si va a ser peleas por darle un núcleo a ella no, no sirve de mucho po’.” **(Esteban, 1:9)**

“(…) la relación no duró prácticamente nada después que nació el niño. Que, dijimos ya, vamos a intentarlo mientras estaba embarazada pero ya no, ya no se podía.” **(Francisco, 4:2)**

Una vez finalizada la relación de pareja, generalmente en malos términos, la mayoría de los jóvenes manifiestan encontrarse en una situación incómoda respecto de la relación con su hijo. Esto sucede pues, al ser sus hijos pequeños y vivir con la madre, se ven obligados a interactuar con ella y con su familia. Esta incomodidad los lleva a distanciar sus visitas o, por el contrario, a continuarlas a costa del propio malestar. Esta circunstancia va cambiando en la medida que el hijo se vuelve más independiente, principalmente en temas alimenticios, pues esto permite compartir con él fuera del hogar materno.

“(…) al principio terminamos porque la cosa ya no daba para más. Y yo iba a la casa de ella igual, igual iba pero yo estaba con mi hijo e igual era fome porque yo estaba con él, con él, con el Andí (...) me ponía a jugar con el Andí, l-lo tomaba en brazos cuando era más chico, y yo estaba con él mientras todos estaban haciendo sus cosas así y yo no tenía por qué estar ahí po’ si no, como que na’ que ver yo ahí en una familia que ya no, ya no me llevaba bien con ellos prácticamente.” **(Tomás, 3:8)**

“(…) cuando el Seba era más chico yo podía (...) irme a la hora que quisiera de la casa..., porque no, no había ningún tipo de problema. Y a mí me gustaba siempre hacerlo dormir... y cuestiones. Y..., pero después ya no, no me podía quedar, no, tenía que irme antes..., o sea ni siquiera podía estar, porque ya después se fue haciendo incómodo estar, porque... es, el, el Seba... cuan, an, no hablaba na’. Hablaba súper poco, y como que estar ahí, y como que está, estaba ella..., estaba la abuela... y como eh, eh, fue..., empezó a sen, ser como incómodo, yo creo que para, yo creo que para todos. Así que después... y en, y en mi casa. ¿Por qué no lo llevaba a mi casa? Porque no me acuerdo por qué no me lo llevaba a mi casa. Pero después empecé a llevármelo... a mi casa (...) Cuando

empezó a crecer más. Cuando tenía como... no me acuerdo, ¿tenía como unos 2 años el Seba parece...?” (Francisco, 4:41)

Es importante destacar que los padres no viven con su hijo. Es decir, el hijo habita en la casa de la madre junto a la familia de origen de ella. Así, estos jóvenes diferencian el hogar del niño del propio hogar, lo que evoca cierta sensación de externalidad para con el hijo. Este sentimiento aparece con fuerza cuando relatan desavenencias con la madre en la crianza o en la tuición y es acompañado con impotencia y resignación al respecto. En línea acorde, los padres manifiestan temor de ser olvidados o dejados de querer por sus hijos al no poder verlos con la regularidad que desearían.

“(...) Igual ese era el miedo que tenía yo antes de que... llegaremos a un acuerdo [judicial] y todo (...) que el Andi se, que el Andi se olvidara de mí, se, cachai, como que se olvidara de quién era yo po’.” (Tomás, 3:50)

Cuando los padres no conviven en el hogar del niño, una de sus obligaciones es la de movilizarse para estar con sus hijos. Es decir, al no habitar en el hogar del hijo, son ellos los que deben desplazarse a donde el niño se encuentre para verlos, así como ocuparse de transportarlos de vuelta a sus hogares profundizando la sensación de lejanía y externalidad. Sin embargo, a medida que van pasando más tiempo en su hogar en compañía del hijo van estableciendo un vínculo que rompe con parte de esa sensación y dónde se siente que el niño también puede considerar propio el hogar paterno.

“Antes por ejemplo ya, yo la llevaba a mi casa, eh y... la Rena dormía, comía a... cada cuatro horas. Entonces yo la iba a buscar, podía estar tres horas a lo más en mi casa y me la llevaba. La Rena estando en mi casa no se sentía cómoda, nunca, nunca estaba tranquila, nunca... siempre lloraba. O como que reclamaba un poco, no se sentía como segura (...) se le podía sentir que no se sentía segura. Y ahora ya que, que ya es más cotidiano que se vaya a quedar a mí casa yo... ya es lo mismo que

esté cuando está en su casa, está tranquila.” (Esteban, 1:2)

Otro elemento relevante observado en los jóvenes entrevistados es la poca iniciativa orientada a la búsqueda de información respecto de las tareas de cuidado y crianza. Es así que sus acciones de cuidado son guiadas desde el recuerdo de su propia crianza, los consejos de sus madres, el sentido común, las observaciones del médico en los controles y, principalmente, las indicaciones de la madre de su hijo. Esto nos revela la adopción de una actitud pasiva, de recepción de información más que de indagador y productor de la misma.

“(...) mi polola como que siempre me decía “Oye, mira”, le dan, dan esos típicos formularios pa’ la mamá y pal papá en el consultorio, pa’ que uno los lea, y a veces uno les pega una mirá. No, no puedo decir que los leo así como que me siento a leerlos, pero ella sí (...) Pero uno como papá, yo encuentro que a veces uno, no, no, no, no se preocupa tanto de, de leer las cosas, sino que trato de ser más espontáneo.” (Juan, 5:84)

Esta característica, el poco manejo de información, pareciera reproducirse en otro ámbito de la paternidad, al que hasta ahora no nos hemos referido: los acuerdos en los montos de mantención. Este dinero se le entrega a la madre y son convenidos previamente con ella. Es en este aspecto que la mayoría de los padres no conocen los gastos asociados a la crianza del hijo, por lo que los acuerdos económicos se basan en la confianza de la propuesta de la madre. Nuevamente aparece la forma pasiva en su accionar y la poca preocupación en cuestiones domésticas.

“Y el, el asunto de la plata (...) hicimos un acuerdo de que primero, eh, al principio era... cosas que yo le compraba (...) yo le decía “Ya, tú dime qué cosas necesita el niño y yo te las compro”. Y ella primero me lo decía así como de palabra y a mí se me olvidaba, así que tenía que andarla llamando, así que después le dije “Sabí que anótame las cuestiones que necesitái y yo te

las compro. (...) La cuestión es que después empezamos a fijar montos de plata, “ya, mejor, pa’ evitar problemas ya yo te paso tanta plata y tú, asumo que tú... vai a ocuparla en lo que... sea pal Seba..., y el Seba va a estar bien”. Y ahí fijamos montos de plata.” (Francisco, 4:35 y 4:36)

La cantidad de dinero que la madre exige no es un tema gravitante ya que confían que ésta no les exigirá más de lo que pueden aportar ni los tratará de engañar solicitando más de lo que gasta el niño en realidad. A pesar de estas consideraciones hay un dejo de duda que no es lo suficientemente fuerte como para sentirse obligados a indagar más en los gastos del menor.

El universitario que es padre

Dentro de la información obtenida en las entrevistas, se vuelve relevante detenernos en el interés manifestado por algunos de estos jóvenes padres a ejercer un tipo de paternidad que difiera con el estilo de paternidad de sus propios padres. De este modo, se refieren a su paternidad como más preocupada, más atenta y más participante de las labores de crianza que la que recuerdan de sus propios padres

Siguiendo esta idea, es posible observar que los jóvenes van estrechando el vínculo con su hijo a medida que se involucran más en las tareas de cuidado. Este involucramiento parece aumentar también en función del crecimiento de sus hijos, a la mayor interacción que pueda existir y a las respuestas de reconocimiento de estos hacia sus padres.

“(...) yo he comprobado que el Andi de verdad le gusta estar conmigo, y yo pue, yo puedo cuidarlo. Si de hecho ahora, ahora como que cuando lo tengo que ir a dejar el no quiere irse po’. Dice “No, mamá no, mamá no” y dice “Papá” así, y me abraza. Y no quiere, no quiere irse donde ella de repente po’”. (Tomás, 3:34)

“- *Ya, un buen cuidador.*

- Sí po’. Ahora sí po’, ahora, ahora más todavía que... que le gusta quedarse conmigo y... y que quiere pasar ahí todo el rato conmigo.” (Tomás, 3:41)

“(...) me siento que soy súper apegado con él, ¿cachai? Su..., como el..., me siento súper conectado con él como padre e hijo. Y... a pesar del, en este tiempo vernos, no se ha perdido eso.” (Francisco, 4:4)

“(...) es normal que yo llegue y juegue un rato con mi hijo, después le doy la leche y lo hago dormir, eso es típico, de todos los días. (...) El apego se ha notado, nunca, yo, yo sé que obviamente el apego de, de, de mi hijo con su mamá es más grande que el apego de, conmigo, y lo he visto en muchos otros casos.” (Juan, 5:28)

Este mayor involucramiento se traduce también en las formas de compartir con el hijo, siendo relevante por ejemplo, que la mayoría de los entrevistados, a la hora de dormir, comparte su cama con el niño.

Por otro lado, cuando no se pasa el tiempo suficiente con el hijo emerge un fuerte sentimiento de culpabilidad. Esto varía caso a caso ya que lo que parece insuficiente para algunos es suficiente para otros. Sin embargo es común a todos los entrevistados que cuando las ausencias de visitas a los niños se extienden por un período muy largo de días la culpa y el malestar son mayores. Esto da cuenta del cariño y apego que construye el padre con el hijo.

“Por mí yo estaría todos los días con él. Y eso una, eh..., eh una como *culpa* interna que tengo siempre, de que por qué no estoy con él, siempre me cuestiono por qué..., no haber terminado antes, o... haber estudiado otra c, otra cosa, quizás hasta estudiar, no sé, haber, porque no te metiste a estudiar algo técnico, est, la hubiera hecho más corta, cuestiones así. Y... el hecho también de que me había cambiado de carrera..., y..., y siempre, hasta ahora tengo... como, como esa culpa de que..., de que nunca, no estuve todos los días como, como yo quisiera el, estar, nunca estuve como quise estar. Y..., y por eso el tiempo que estoy con él trato de aprovecharlo lo más que pueda..., de, de tratar de complacerlo y de tratar de hacer lo que él quiera que, que esté, que fuera todo el día contento. Y eso es lo que trato de hacer cuando estoy con él, y ahora sobre todo..., que ahora lo estoy viendo cada dos semanas..., pasan dos fin

de semana que no lo veo.” (Francisco, 4:50)

Otras formas que adquiere el apego del padre con el hijo es el juego. Para los jóvenes padres el hacerse cargo del niño de manera física se traduce en estar y compartir con él, pero de manera que el hijo se sienta permanentemente feliz y contento. Esto significa que el jugar con el niño se transforma en una de las actividades más significativas y, al parecer, a la que le dedican más tiempo. Las labores de higiene y cuidado no parecen tener, en el relato, la relevancia que los padres le otorgan al juego.

“Cuando estamos en la casa yo, ella tien, está con sus juguetes ahí, estamos ahí, jugamos.... Ahora ya la Rena está empezando a-a, no a caminar, pero se para, con apoyo se para entonces ya le damos ahí, jugamos pa’ allá, tengo perros en la casa, vamos a jugar con los perros... ahí, lo que sea, pero de ahí, desde los dos po’, entre los dos.” (Esteban, 1:13)

“(…) obviamente jugaba conmigo po’, y, y por el tema de, de que yo hago Kung Fu a él le gusta siempre pelear conmigo. Y obviamente yo lo le, le creo una situación pa’ que él esté engrupió y metió que es como un campeón mundial de, de, de las peleas po’, ¿cachai? Y, y, y hacemos luchas siempre, nos sacamos las poleras y, y ahí él se, se engrupe y, y queda rojo, transpirado entero y, y eso, eso le entretiene po’.” (Francisco, 4:53)

Surge en algunos de los entrevistados, la idea de ser una figura contenedora para su hijo, ya que ven en su propia experiencia que el consejo y la guía ante, por ejemplo, la noticia del embarazo la solicitaron a sus madres y no a sus padres. En estos casos, la figura del propio padre es vista como distante y poco cariñosa evitando reproducir estas dinámicas. Estas ideas nos sugieren que, para estos jóvenes, su paternidad debe ser más parecida al rol ejercido por sus propias madres durante su crianza. Destacan la confianza con la que con ellas hablan, la comprensión, el cariño y, sobretodo, la presencia permanente de ellas, características

que intentan replicar en la crianza y el cuidado de sus propios hijos.

“Creo que no soy un papá como mi papá, pero mi papá no fue mal papá. Pero no soy como el... porque... mmm... creo que no me gustaba..., no me gusta ese estilo así como... estricto, alejado..., pero intelectualmente fuerte. Creo que... mi papá es como el que sabe absolutamente todo, sabía absolutamente todo y podía responderte cualquier pregunta. Em, posiblemente por contraste con ese estilo... eh, yo sentí la necesidad de algo más, más de p, de piel, de carne, de..., de emoción, de, del instante, posiblemente. (...) Porque si bien mi papá e, su-súper buen papá, no tengo nada que decir..., de repente yo sentía que a él podía acudir solamente cuando necesitaba conocer o saber algo, no en otras circunstancias (...) quiero que mi hijo pueda contar más conmigo en las partes emocionales posiblemente que en la parte racional. (...) Pero porque al final de cuentas, eh, la parte racional... puede ser respondida por muchas personas, pero yo creo que la parte emocional... hay algo especial entre la relación de, de un papá y un hijo o una mamá y un hijo, creo que hay una respuesta distinta, hay una forma distinta de relacionarse y eso puede ser una mejor salida o un-una mejor llegada..., por eso.” (Pedro, 2:102)

“(…) en mi caso, mi mamá me, **yo soy muy pegado** a mi mamá, más que a mi papá. Porque mi papá no, no ha sido... como un pilar tan fundamental... en mí. Como si yo he tenido un problema recurro a mi mamá. Por ejemplo, yo le conté a mi mamá que iba a ser papá, y a mi papá no le conté el mismo día..., me demoré en contarle. Porque yo siempre he sido apegado a mi mamá, porque mi mamá es la que siempre la, ha velado por mí, no tanto como mi papá. Y eso es lo que quizás yo no quiero, quiero estar yo siempre ahí. Eso....” (Tomás, 3:71)

Otra de las características del estilo parental que más relevancia otorgan los universitarios entrevistados es la guía y formación valórica de sus hijos. Esta dimensión los termina de validar, a juicio de ellos mismos, en su rol paterno. Así, cuando

los hijos son muy pequeños, estos jóvenes sienten que la faceta formativa no puede ser cumplida a cabalidad, por lo que, a medida que el niño incorpora nuevas necesidades y comprensiones, también se fortalece el vínculo padre-hijo y por consiguiente el rol de educador o guía del joven. En otras palabras, al ir incorporando nuevas tareas a su función paterna, tareas que se encuentran en su propio imaginario, estos jóvenes se sienten más cercanos afectivamente a sus hijos y al mismo tiempo se sienten “más padres”.

“No sé... como que... **yo soy papá** y asumo eso. Pero igual tengo una vida normal, por decirlo así y... yo creo que todavía **no** podría sentirme como... con un estatus, como dice, porque igual el Andi ‘ta chico, así todavía no, no tengo que hacer muchas cosas por él. Tengo que... entregarle lo que puedo, el amor que necesita, el cariño, la atención. Pero más adelante cuando necesite cosas más grandes, como que yo esté ahí aconsejándole yo creo que ahí me voy a sentir como má’, **má’**..., como más papá que hasta ahora, yo creo.” (Tomás, 3:68)

Junto a la valoración del rol formador también aparece el padre concebido como figura de autoridad. En este sentido, la mayoría de los padres rehúye de esta denominación y la reconceptualizan desde la función de ser guía y formador en valores, evitando la imposición autoritaria de los mismos.

En este sentido, los jóvenes se describen en un estilo de paternidad poco directivo y que fomenta la exploración autónoma del niño, aunque siempre velando por la seguridad de éste. De esta forma, intentan ser padres guías, que orientan, pero no limitan a sus hijos.

“No soy restrictivo, eh no me gusta restringirlo. (...) no le impido que haga las cosas generalmente y trato de, por eso mismo esto ju, siempre jugando con él, trato de guiarlo a que no... haga las cosas peligrosas..., pero si está cerca de las cosas peligrosas estoy al lado para que no... le pase nada.” (Pedro, 2:83)

Emerge también en el relato de estos jóvenes un fuerte sentido de protección hacia el hijo. Esta visión de cuidado se manifiesta tanto en la cotidianidad como en acciones de autocuidado, resguardo y precaución orientadas al futuro.

En todos estos rasgos es posible observar entre los jóvenes un estilo de parentalidad orientado principalmente a lo práctico, a la búsqueda de soluciones frente a situaciones emergentes del cuidado del hijo antes que al cuestionamiento del cómo se llega a esas situaciones. Esto aparece en contraposición a ciertas observaciones que los jóvenes hacen respecto al estilo de la madre.

“(...) por ejemplo a la, a la Cata una vez se le cayó la Rena... y la Cata estaba atacá, porque la, la Rena tenía como un, según ella, tenía inflamado (...). Y yo le vi y no tenía... (...) Según ella tenía inflamado acá y, y no, y estaba preocupada ella po’, y la fui a ver... y ella mirando para otro lado le toqué, no fuerte, pero le toqué y nada po’... y, mmm, en esa misma situación, a mí también se me cayó una vez y tampoco, no le pasó nada y, y llo, o sea se pegó y no, alcanzó a llorar un ratito y nada po’... la Cata me retó. Y el... como el reto como que vino, y después yo en la misma situación... yo no, no estoy preocupado de retarla sino que ya que, preocuparme de la Rena no más po’. (...) Y se aprende no más pa’ la otra no máh..., que no pase de nuevo.” (Esteban, 1:32)

Los jóvenes valoran y extraen elementos del estilo en que fueron criados que luego intentan reproducir en la crianza del hijo. Esto conlleva a que en ocasiones se generen divergencias con el estilo de crianza de la madre.

Así mismo, otra diferencia que algunos de estos jóvenes reconocen con el estilo materno la refieren como una mayor preocupación y deseo de compartir tiempo con el hijo ya que reclaman cierta indiferencia y descuido por parte de la madre.

“(...) no estoy con ella, no sé cómo, cómo es que cría a mi hijo. (...) Pero yo creo, estoy seguro que yo soy un má’, más preocupado. Estoy seguro de que yo estoy

más preocupado de él. No sé por qué me tinca que a él lo dejan..., lo dejan hacer lo que quiera..., pero sin estar viendo que hace. (...) Y yo, porque yo siempre estoy ahí con el Andi. Yo... no le dejo, yo no le digo “ya hijo, toma el notebook, toma Youtube”, porque sabe meterse a cosas igual, “ya hijo ya velo tú y yo me voy pa’ allá”. Si no que yo estoy ahí, viéndolo, hablándole todo el rato, todo eso. Sí..., y entonces yo creo que de verdad yo estoy más, más al cuidado de él. Porque igual... de verdad son..., no son muy buen..., no, no lo cuidan muy bien.” (Tomás, 3:72)

Finalmente, es posible señalar que la totalidad de los entrevistados se siente buenos padres aunque algunos consideran que el tiempo que comparten con su hijo es poco para ellos y para el bienestar del niño. Sin embargo, en muchas ocasiones los jóvenes manifiestan sentirse atacados y/o cuestionados en sus competencias parentales, especialmente por la madre de sus hijos.

“(...) como que uno se, igual se siente como atacado..., aunque se lo digan de buena forma... por lo menos a mi me pasa que me siento como atacado igual po’. Como que uno siente que lo atacan porque yo soy así y trato así a mi hija, y sienten que de, como que te están invadiendo más acá, sentís que te están invadiendo un poco más acá de lo que se puede, hasta pa’ la mamá.” (Esteban, 1:34)

Aunque las críticas son vividas con pesar y malestar, no lo manifiestan abiertamente. A pesar de este “ostracismo”, la figura de la abuela paterna, la madre del joven, se transforma en fuente de apoyo de la crianza y además reciben de ellas validación de su propia paternidad. Es curioso notar que es la propia madre (la abuela paterna de niño) quien aprueba o desaprueba el rol de padre de estos jóvenes.

“[Mi mamá] cree que igual ando bien, ella por lo menos cree. Porque igual ella tampoco cacha todo, ella está afuera y, no sé po’, ve que de repente que yo me levanto a las ocho y que parto, o sea me levanto antes de, de ir a clases incluso, parto pa’ allá, vuelvo,... y que la Cata quiere ver a la

Rena a tal hora y yo se la llevo, y me devuelvo... entonces ella ve eso.” (Esteban, 1:41)

La madre manda

En el contexto de los relatos obtenidos, la figura materna es reconocida como la principal cuidadora y criadora de los hijos, dejando al padre en un papel secundario -en ocasiones terciario- en estas funciones y en la toma de decisiones. Esta investidura le permite a la madre tomar decisiones respecto del hijo de manera autónoma y unilateral, algunas veces consensuada y otras tantas tan sólo poniendo sobre aviso al joven. Así, se aprecian situaciones donde él observa y acata disposiciones que incluso le podrían parecer contrarias a lo que piensa o desea. Es más, la madre puede tomar decisiones que signifiquen distancia física entre el padre y el hijo, medidas las cuáles al padre le queda sólo asumir.

“(...) Qué, qué puedo hacer, qué puedo hacer pa’ evitar esto, y no tenía nada que hacer po’, no podía hacer nada. (...) Como pa’ que no se fuera, a parte que yo estaba, bueno sigo estudiando ¿cachai? Tampoco, no tenía, no tenía como aguantarlo yo po’, ¿cachai? Y, y la cuestión era acatar no más po’, pa’ variar po’ ¿cachai? Te-tenía que tratar de asumir que, que se iba a, como ahora (...), pero ya era como de hecho era como, como, como esperable de que, de que cuando ella quiere hacer cosas no, como que le da lo mismo lo que pase con respecto al Seba y a mí po’ ¿cachai? Le da lo mismo si me ve, no me ve, si ella necesita hacer cosas las hace.” (Francisco, 4:65 y 4:66)

Esta idea propicia vicios, a ojos de estos jóvenes, ya que muchas veces surge la amenaza por parte de las madres de impedir ver al hijo si es que no cumplen con las exigencias que ellas establecen. En algunas ocasiones, dichas amenazas se han cumplido, según relatan algunos entrevistados. No deja de ser llamativo que la restricción de visita es vivida con pesar, dando cuenta del estrecho lazo afectivo que estos padres han ido construyendo con sus hijos.

“No siempre he tenido pega, no siempre puedo, se puede mantener una pega, sobre todo cuando uno no tiene como todavía un título, alguna cosa así o hace pegas “equis”. De repente no estoy trabajando y me exige - la madre de su hijo- esos 40 mil pesos y trato de conseguírmelos como sea, y a veces no alcanzo a conseguírmelos... ehm... y en, aparecen discusiones po’. Entonces una discusión por **plata**... a cambio de **tiempo** de ver al Ignacio no creo que sea buena para que el Ignacio la vea o el Ignacio la reciba. (...) Prefiero..., por ejemplo, sí tratar de conseguirme le digo “Ya, la próxima semana te tengo lo que falta” y esa es mi respuesta.” (**Pedro, 2:76**)

“(...) habían tiempos que no, no me dejaba, no me, yo discutía con ella por cualquier motivo y me, y no me dejaba ver al Seba, me decía “No, ¿sabís qué? este fin de semana no te lo vai a llevar”. Y le decía “Pero ¿por qué?”, “Porque **no**”. Y era “no y porque no y porque no po’”. Y yo no podía ir y quitárselo a la fuerza tampoco.” (**Francisco, 4:42**)

Es por ello que una buena relación con la madre y/o ambos progenitores convencidos de que la presencia de padre y madre son necesarias para un mayor bienestar del hijo permiten que el padre, en particular, pueda relacionarse con el niño sin mayores inconvenientes.

“Yo creo que los dos pensamos y sabemos que lo mejor sería que la Rena creciera como con la imagen paterna y..., y materna y, y ojalá juntos po’. Pero siempre lo hablamos, en caso de que nos llegáramos a separar, la Rena siempre mantenerla al margen de todo, de todo conflicto. Y por lo menos hasta ahora lo hemos podido hacer, yo creo que bastante bien. Porque hemos estado peleados, enojados... y... no, y la Rena siempre... sus tiempos conmigo, sus tiempos con ella, cuando ella tiene que hacer algo yo estoy pa’ ir a buscarla, pa’ traerla, pa’ cuidarla.” (**Esteban, 1:22**)

Sin perjuicio de esto último los jóvenes padres se sienten obligados a relacionarse con

la madre y a cumplir con las exigencias que ella considera mínimas para poder ver al hijo de manera periódica. Evitan, la mayor parte del tiempo, entrar en conflictos con ella puesto que sienten que siguen dependiendo de su voluntad para estar con el niño. Existe cierto sentimiento de resignación al respecto profundizando la percepción de ser satélites en la vida del hijo.

En muchas ocasiones, los conflictos que emergen con la madre se extienden a la familia de origen de ella, especialmente a la abuela materna, dado que, en su mayoría, las madres jóvenes aún viven en el hogar de ésta. Esto es evaluado por los jóvenes como una situación que tensiona aún más la experiencia de paternidad y su situación de universitario, complejizando e interfiriendo en mayor grado la relación con el hijo, obligándolo a redoblar esfuerzos para cumplir con las demandas, a la vez que aumentando el sentimiento de frustración y externalidad para con el hijo.

“Mi relación con I, con la... mamá de la Cony sí ha repercutido un poco en la relación con el Ignacio, o sea como en..., porque hay veces que no..., que supuestamente yo tengo que verlo, me-me toca... que esté conmigo y no puedo porque... ehm... alguna cosa pasa y no puedo, así y, y después me entero que las justificación es “No, es que mi mamá tenía que hacer algo”... y es como... sigue estando ese, dando vuelta ese fantasma de... de la mamá de la Cony interrumpiendo como la relación, y ahora no con que ella, sino con mi hijo.” (**Pedro, 2:33**)

Por otro lado, los jóvenes padres tienen observaciones respecto del cuidado y crianza que la madre ejerce, sin embargo no las manifiestan ni las discuten. Con esto intentan evitar algún tipo de confrontación o conflicto por dos razones principalmente; la primera evitar que los enojos entre los padres afecten al hijo en común, y la segunda evitar el malestar de la madre que pudiese significar, como represalia, una merma en los tiempos que comparta con el hijo.

Judicialización⁵

Dentro del marco contextual de la paternidad existe la vía judicial para convenir tuición, horarios de visitas y responsabilidad económica entre los progenitores. Sin embargo, las instancias legales para estos padres aparecen, a lo menos, como una instancia no requerida. Entre algunos de estos jóvenes se aprecia una percepción de desconfianza y temor a la judicialización, en tal grado, que la mayoría de ellos no ha querido averiguar sobre el tema.

“(…) La verdad es que yo no me he informado nada al respecto porque... no me parece una opción viable, ni tampoco creo que lo **vaya a hacer** (...) Y ya, si llega a haceré, si ella llega a hacerlo y, me informaré en su momento, yo creo.” **(Esteban, 1:48)**

“(…) Realmente no sé cuanto tendría que destinar por, si fuera por pensión o por cosas así. No tengo idea cuanto es el porcentaje, cuánto es...” **(Pedro, 2:98)**

También la identifican como una invasión al espacio de la paternidad, el cuál reconocen como un espacio privado. La instancia estructura los tiempos con el hijo y obliga al cumplimiento irrestricto de los mandatos ahí dictaminados. Para la mayoría de los entrevistados, la flexibilidad de horarios y la posibilidad de coordinar con la madre sin intermediarios les ofrece mayor libertad, permitiendo a la vez poder hacer frente a sus tareas y obligaciones en la universidad (y en el trabajo cuando compete), pero sobretodo poder ver a su hijo cuando les plazca.

“(…) te van a estructurar el horario con tu hija y tu no podés salirte de eso ¿cachai? O sea si... hay un día que tú no tení programado verla y querís verla mmm... no podí no más.” **(Esteban, 1:50)**

“Traté de recurrir a eso [a instancias legales], pero dije “No” porque..., si llegái a eso, es que te dan súper poco rato, te dan

como un día a la semana, y de repente cada dos semanas. Y..., y yo estaba acostumbrado a estar viernes, sábado y domingo con él, todo, todo el día.” **(Francisco, 4:35)**

Tal vez la característica más relevante que estos jóvenes atribuyen a las instancias judiciales es la percepción de asimetría de la figura paterna respecto a la madre. A pesar de que es de conocimiento popular que el sistema judicial estaba orientado a situar a la madre como la principal cuidadora, llama la atención que estos padres tampoco hagan esfuerzos en contrastar este dato con el marco jurídico real, es decir, nuevamente, no aparece urgente en ellos el informarse o el buscar orientación al respecto.

“(…) Porque las leyes igual la, la autoridad se la otorgan a la, a la mamá desde, desde que nace.” **(Esteban, 1:52)**

Junto con el sentimiento de perjuicio personal probable con que significan esta instancia los padres universitarios, también la evalúan como pernicioso para el bienestar emocional del hijo. Debido a todo esto intentan evitar todo acercamiento a la vía judicial.

“(…) quiero evitar ese tipo de problemas [instancias judiciales]. Porque al final ese tipo de problemas lo que va a generar es que el **Ignacio** la... la pase mal entremedio. Porque va, va a ver a los dos papás... así peleando, y... no, no, en el sentido así como de, de, de decir como los papás pelean y la pareja se separa, familia dividida, no. No, es como va a ver a dos personas que son súper importante para él discutiendo, peleando, estresados... y yo prefiero... bancarme yo... los problemas, a que le lleguen a él. O sea, eh, mi postura es más ser como un escudo... eh, eh an-ante eso, ante esa circunstancia como tal. Circunstancias como... agresivamente emocionales **desde** la familia.” **(Pedro, 2:121)**

Por la forma que los jóvenes exponen la judicialización, se podría decir que ésta es vista como un fantasma que ronda

⁵ Al momento de las entrevistas estaba en discusión y aún no se promulgaba la nueva ley de tuición compartida conocida como ley “Amor de Papá”.

permanentemente, una vía poco deseable y que pondría en entredicho sus competencias parentales y la forma en que ejercen su paternidad, además de significar la derrota del diálogo y el entendimiento con la madre.

“[Respecto a la judicialización] yo no lo veo como una posibilidad porque al final encuentro que, de partida es una cuestión engorrosa, que tenís que pasar por tribunales y al final igual voy a estar **acusado** de... de cierta forma. Entonces a mí no me parece que sea la forma en, por lo menos en la relación que hemos tenido, que si bien no estamos como pareja ya, no da para, para que pasemos por tribunales.” (Esteban, 1:48)

A pesar de todo esto, esta instancia aparece como la única vía de resguardar el derecho de visita y tuición de los padres. Esto queda de manifiesto especialmente en uno de los casos estudiados. En éste, se da que la madre, ante el deseo del padre de llevar al hijo a su hogar en los momentos de visita, se resiste y lo impide. Esto obliga al joven a solicitarla en la instancia judicial, donde un acuerdo en la primera mediación permite al padre estar en su casa compartiendo con el hijo. Es importante señalar que no es él quien solicita la mediación sino que la madre del niño ante las desavenencias por los montos de pensión y el padre sólo aprovecha la oportunidad.

Reposicionando el rol proveedor

Si bien es cierto que en el relato de los jóvenes se plantean acercamientos a estilos de paternidad más involucrados emocionalmente y más complejos a la hora de definirse como padre, al momento en que reflexionan sobre el futuro, este grupo vuelve a atribuirle al rol proveedor un papel fundamental para su autovalidación.

De esta manera, se observa que la mayor parte de las reflexiones frente al porvenir se centran en inquietudes como: el trabajo, el ingreso económico y el bienestar material que, con esto, podrán entregar a sus hijos. La preocupación de estos jóvenes por el futuro de sus hijos incluye también, en algunos

casos, el interés de legarles patrimonio realizando acciones concretas para asegurar aquello.

“(...) yo antes estudiaba... y estudiaba por, porque tení que sacar una carrera y al final e’, por suerte me gusta lo que estudio... y igual eso, es una cierta motivación, pero... si a eso le agregái que, no sé po’, que vai a traba-, después vai a trabajar y vai a poder mantener a tu hija o..., o no sé, el simple hecho de saber que está la Rena como que a mí me motiva hartó, pa’ todas las cosas que haga, que pueda ser de cierta forma un beneficio pa’ ella.” (Esteban, 1:75)

“(...) hay que asegurar esta circunstancia. (...) es en lo que me siento más responsable porque, pucha yo siempre he tenido problemas económicos y ahora como estoy pudiendo nivelarme y no teniéndolos ¿cachai? Y desde ese punto siento que como ya no, no los estoy teniendo **puedo** intentar que eh mi hijo crezca sin esos problemas po’.” (Pedro, 2:101)

Así, se aprecia que los jóvenes consideran que al momento de trabajar en aquello para lo que están estudiando se convertirán en “padres de verdad”, es decir, sólo podrán sentirse completamente validados como tales cuando sean capaces de mantenerse ellos y a su hijo autónomamente. Esta idea les permite plantearse, en algunos casos, la posibilidad de luchar a futuro por la tuición de sus hijos.

“(...) pa’ mi lo ideal sería que viviera conmigo. Si yo pa’, él pa’ mi es la persona más importante en el mundo po’, ¿cachai? Lo ideal es que él viva conmigo ya que no, no, no lo puedo, no lo, no lo pude hacer durante todo estos años que, que ya tiene de vida po’ ¿cachai? Y, y **espero** tener pronto un, un tipo de sostén pa’, pa’ darle un, un hogar que él, que él pueda estar po’.” (Francisco, 4:57)

En este sentido, es importante reiterar que los jóvenes confían en que serán los estudios universitarios y el título profesional futuro aquello que permitirá cumplir de manera más tranquila su rol de proveedor. Esto, finalmente, reforzaría el ideario tradicional de

paternidad, a la vez que validaría la decisión de postergar el trabajo para dedicarse por completo a la carrera. En otras palabras, el dedicarse a estudiar permitiría a los jóvenes padres perfeccionar el rol proveedor para el futuro de su hijo.

Discusión

A través de los elementos expuestos en el análisis se puede observar que los relatos dan cuenta de demandas que se encuentran, superponen y confrontan, marcando profundamente la experiencia de los jóvenes estudiantes desde que tienen la noticia del embarazo. Así emergen tres dimensiones o campos de experiencias que denominamos de acuerdo al tipo de tareas que realizan estos jóvenes. Éstas son el “ser padre”, la “vida universitaria” y el “ámbito laboral”. Desde el campo de la paternidad aparece el rol de padre que incluye la crianza y el deber de proveer (no necesariamente como sinónimo de trabajar como ya hemos visto), cada uno con sus mandatos y tareas específicas; desde el ámbito académico surge el rol de estudiante o universitario y en el que incluimos las tareas de juventud (explorar, optar y cambiar recorridos); y desde la dimensión laboral emerge el rol de trabajador que empuja al padre universitario a una esfera experiencial que antes, de acuerdo a los entrevistados, no habían transitado.

Al intentar responder a las demandas que emanan de estos campos y los roles asumidos se despliegan las tensiones que los jóvenes experimentan y que se dejan ver en las temáticas que hemos expuesto en nuestro análisis: la urgencia de hacerse cargo económicamente, trabajos a los que se accede, la postergación del trabajar, el acomodo para dar respuesta a los mandatos de juventud y la administración del tiempo diario, los acuerdos de crianza y la decisión de tuición, el mantener su rendimiento académico, la judicialización o su fantasma, los gastos asociados a la paternidad, validación del ser padre.

De estos relatos también pudimos identificar actores o agentes que median o influyen en la trayectoria vital de estos

sujetos y su paternidad: madre, abuela materna, familias de origen, la universidad, organización que emplea, grupo de pares. Estos tienen un papel fundamental a la hora de la toma de decisiones y a las consecuencias que éstas les acarrearán o les podrían acarrear a los universitarios padres.

Como consecuencia se van configurando estilos de ejercer el rol paterno y formas con las que el estudiante padre se aproxima y relaciona con su hijo que nos refieren de un universo experiencial en construcción: formas tradicionales de paternidad, formas divergentes de sus referentes de paternidad, nuevas tareas, tiempo dedicado a estar con el hijo.

Múltiples contradicciones

Como sosteníamos al inicio de este escrito, es necesario insistir y comprender que el ciclo vital no es un conjunto de etapas con tareas y demandas bien definidas o biológicamente determinadas, sí no más bien, “*son las prácticas sociales y los imaginarios culturales aquellos que proponen ciertos objetivos personales, transformándolos en necesarios y naturales*” (Stecher, Godoy, y Diaz, 2005. p.280).

De este modo las demandas asociadas a la edad o a la etapa juvenil se superponen con las tareas que se suponen propias de la adolescencia y la adultez e incluso de otros estadios que las preceden o que las suceden. El ser humano no se adscribe a pautas ni reglamentos de manera estricta que regulen sus conductas, comportamientos o anhelos. Además existen etapas o tareas de estas que, nuevamente desde el imaginario social, se definen como contrarias a las de la etapa precedente.

Así, las tareas de la adultez adquieren un cariz de negación o superación de las tareas que se adscriben o asocian a la juventud (Papalia, Wedkos y Duskin, 2010). Este es el escenario que promueve mayor conflictividad en el sujeto universitario que transita desde una etapa a la otra, pues “avanzar” hacia una etapa implicaría renunciar a las tareas y beneficios de la anterior.

Los jóvenes padres se encuentran en permanente tensión frente a la multiplicidad de roles que deben cumplir. Una de las tensiones más evidentes es la que se produce, por un lado, al ser estudiante universitario y priorizar el mandato de continuar la formación académica para, luego, obtener el título que se ajuste al proyecto de vida que como sujetos han ideado (Soto, 2005). En el otro lado identificamos el rol paterno como aquél que completa -o al menos así se sugiere desde la bibliografía revisada- el conflictivo escenario de este grupo. Desde el ejercicio de la paternidad entonces adquiere relevancia la necesidad de mantener y proveer económicamente al hijo (Arranz, 2004; Montesinos, 2004; Mora, 2005; Bogino, 2011; Aguayo et al., 2013). En consecuencia, una de las principales y primeras dificultades de estos jóvenes es la de adecuar tiempos y energías para dar cumplimiento a las tareas de trabajar y estudiar simultáneamente.

Aunque inicialmente es vivido con ansiedad resuelven este conflicto con cierta facilidad al reflotar la idea del logro académico y la consecución del título universitario como la proyección de un mayor bienestar económico y material en el futuro próximo para sí (Centre for Education Research and innovation, 2004; Montgomery y Côté, 2003, en Papalia, 2010; INJUV, 2010) y para su hijo.

Sin embargo, esta significación pareciera no convencerles del todo, o no les sirve para desterrar por completo las aprensiones que emergen al no poder dar respuesta plena a las necesidades materiales del hijo. El trabajar no estaría asociado a los imaginarios sociales de juventud, mientras que, al no hacerlo, tampoco estarían pudiendo cumplir con aquello que se dice que un adulto debe hacer cuando ya es padre.

Asociada a la situación anterior emerge una idea que resulta al menos interesante a considerar. Al ser la juventud una etapa en la que se espera y promueve la exploración (Papalia, Wedkos y Duskin, 2010, pág. 423), la experimentación, la equivocación en la toma de decisiones y la posibilidad de cometer yerros, el embarazo es vivido y significado como un evento que escapa de

estas posibilidades y las supera, por lo que no parece ser un error aceptable para la normatividad juvenil⁶. En este sentido el mismo joven y su familia significan este evento como un grave error del cual hay que hacerse cargo, y que podría arrancar de forma automática y definitiva al sujeto de sus posibilidades de experimentación y, de paso, poner en cuestionamiento su condición e identidad de joven.

Así el embarazo es vivido como un evento anacrónico, que está asociado a la pérdida del estatus de joven. Esto es debido principalmente a que la paternidad se incluye como una tarea “normal” de la adultez –y como contraria a la idea de poder ser irresponsable del joven- y es comprendida desde los imaginarios sociales como una de las entradas más importantes al mundo adulto (Olavarría, 2001, p.16)⁷.

Es entonces, a través de la noticia del embarazo, que el joven padre universitario comienza a experimentar anticipadamente las tensiones que enfrentan su estatus de joven con el del adulto. Esta tensión es probablemente anterior a la señalada más arriba (proveer versus estudiar) y puede expresarse a través de la dicotomía “ser responsable” versus “poder experimentar”, mandatos que también a priori parecieran ser irreconciliables. También se puede expresar esta polaridad como expectativas públicas (sociales: cómo debe ser un padre) versus anhelos privados (personales: proyecto de vida).

La responsabilidad, dar cuenta de los propios actos, es parte del imaginario del ser

⁶ La etapa juvenil (o adultez emergente) se caracteriza por la transitoriedad de los roles (Papalia, Wedkos y Duskin, 2010). De esta forma, ningún rol será definitivo: ni el estatus de estudiante, ni las relaciones afectivas, ni los hobbies esporádicos. Sin embargo, ocurre que la paternidad es precisamente todo lo contrario, un rol definitivo o al menos prolongado en el tiempo pues el ser padre para los jóvenes entrevistados para a ser una responsabilidad ineludible y permanente.

⁷ La entrada obligada al mundo laboral propiciada por la noticia del embarazo y la asunción de la paternidad también genera tensiones similares al adelantar el tránsito del joven universitario del mundo educativo al mundo del trabajo, está última tarea más propia de la normatividad de la adultez temprana (Papalia, Wedkos y Duskin, 2010).

adulto (Arnett, 2006, en Papalia, 2010, p.422). Sin embargo, el evento del embarazo empuja de regreso al sujeto a la dependencia y a la necesidad de apoyo de su familia de origen, pues dada la condición de joven estudiante le es dificultoso asumir por completo las tareas que significa hacerse responsable de un hijo. Se genera de esta manera una nueva dicotomía: autonomía versus dependencia económica.

La primera y principal preocupación ante la responsabilidad que como padres les compete es la que dice relación con la mantención económica del hijo; tarea auto exigida, socialmente definida y demandada por el entorno (Olavarría, 2001; CEPAL, 2002). Es justamente esta tarea con la que, dado su rol de joven estudiante, les es más difícil de cumplir. De esta forma la tarea paterna que ellos sienten como principal se tensiona y entra en conflicto con su estatus de universitario pues trabajar resulta difícil de compatibilizar con el estudio universitario.

Esta situación coincide con el imaginario social de que el estudiar es una tarea de dedicación exclusiva (Donoso y Cancino, 2007), siendo lo único a lo cual el joven estudiante debiese orientar su tiempo y energía. Es relevante señalar que los actores que promueven esta tensión son, por un lado, la madre del niño y la abuela materna, y, por el otro, la familia de origen que orienta a seguir estudiando y la universidad que mantiene las exigencias académicas.

Aparece entonces, nuevamente, una adecuación no del todo bien lograda en el universitario padre donde la pérdida paulatina del estatus de juventud se relaciona con la imposibilidad de ser irresponsable en ámbitos de su vida que si le eran permitidos antes de su paternidad, como por ejemplo en los estudios.

Hacerse responsable de su paternidad implica también hacerse responsable en su formación académica, pues se considera que la consecución del título permitirá cumplir mejor con sus tareas de paternidad en el futuro. De esta manera se sintetizan y coinciden ambos mandatos, por un lado el de proveer (plenamente luego del título) y por otro el de terminar la formación profesional.

Le es entonces permitido ser medianamente irresponsable. Se le permite cierto relajo con el mandato de proveer puesto que la tarea principal sería la de lograr la meta académica autoimpuesta, pero también exigida por su familia de origen, incorporando ahora la fantasía a futuro de un mayor beneficio material para el hijo.

Este complicado escenario va contribuyendo en sensaciones de malestar, soledad y desprotección en el joven padre universitario que directa o indirectamente influyen en la construcción de su identidad parental.

El papel de la familia paterna

Mientras el escenario personal del universitario se complejiza, surge también la necesidad de dar respuesta a las tareas que ha decidido postergar, pero que de todas maneras deben ser cubiertas en el presente. Es así que aparece la familia de origen como la principal sostenedora del joven en esta decisión y pasa a participar indirectamente en las tareas de paternidad de éste.

Respecto al papel de las familias es importante considerar que su principal obligación en nuestra sociedad respecto a los sujetos jóvenes refiere a entender éstas como plataformas de preparación para el logro de la independencia de los mismos (Castaldi, 2009). En este sentido la familia debe procurar el desarrollo de competencias específicas -de índoles relacional, laboral-profesional, entre otras- que permitan al joven insertarse exitosamente en el contexto social y cultural donde deberán desenvolverse.

En este escenario, el embarazo aparece como un evento anacrónico, inesperado e indeseado para el momento en el que se encuentra, también vivido así por el resto de los miembros del grupo familiar. Es un evento que dificultará el logro de la principal tarea juvenil reconocida en esta etapa del ciclo vital: la obtención del título profesional para lograr su autonomía y su independencia económica. En el imaginario de la sociedad chilena (o al menos de la clase media) no se espera ni desea que el joven sea padre antes

de haber concluido las metas académicas (INJUV, 2010).

Esto resulta coherente con el hecho de que en la actualidad las expectativas familiares se encuentran más orientadas al logro funcional de las nuevas generaciones (Castaldi, 2009) emparejando el éxito personal del joven con el éxito familiar. En este sentido la importancia otorgada tanto por los jóvenes padres como por sus familias a la obtención del título universitario, así como todas las ayudas “al padre” orientadas a este fin, responden a esta necesidad de logro y, también, a la mejora del estatus socioeconómico que, desde el imaginario social, la profesión universitaria traería consigo.

Sin embargo, Castaldi (2009) nos advierte que:

“Las demandas hacia las familias son entonces de potenciación de los aspectos más operacionales, corriendo el riesgo que la organización en pro de ciertos objetivos y metas, implique el sacrificio de otros niveles, dejando vacío en términos de significados y volviéndose al grupo ajeno a las vivencias emocionales de los miembros” (Castaldi, p. 269, 2009).

Esto, en la experiencia específica del joven padre universitario, se podría traducir en la dificultad de cuestionar y ampliar el ideal de paternidad propuesto desde el discurso tradicional, perpetuándolo y poniendo el énfasis, como ya hemos mencionado, en la función paterna de provisión. Las vivencias emocionales y los significados asociados a la paternidad se ven limitados por la poca validación relativa que le otorgan los jóvenes al involucramiento paterno en la crianza, por ejemplo, frente a la relevancia que le dan a la función de proveer.

En este contexto, se espera que el joven consiga la independencia y autonomía, especialmente económica, de su familia de origen para así ser reconocido como adulto competente y exitoso por la organización y el resto de la sociedad, mientras que induce al joven a considerar la construcción del vínculo como un elemento, aunque deseable en el

discurso, menos significativo para su propia valoración del ser padre.

Uno de los mandatos sociales que se exige tanto del padre como del adulto es la tarea de proveer sustento material al hogar que forma. Esto, aunque aparece fuerte en las primeras reacciones de los universitarios padres entrevistados, es rápidamente delegado y postergado para el momento en que el joven ya no tenga mayores obligaciones académicas. Al menos así se declara.

Sin embargo, la mayoría de los jóvenes entrevistados sí realizaba algún tipo de actividad remunerada al momento de la entrevista. La baja valoración que estos jóvenes otorgan a dichas actividades nos obliga a reflexionar y nos sugiere que la omisión o invisibilización del campo del trabajo no es fortuita. ¿Es posible que responda también a una resistencia que les permitiría seguir viéndose a sí mismos como jóvenes? Pareciera que la vida universitaria y el mundo del trabajo son campos incompatibles dentro de los imaginarios de juventud o así lo hacen parecer los entrevistados.

Tránsito forzado

Hemos descrito las tensiones que se producen entre las tareas de proveer y la de estudiar, pero existen otros mandatos asociados al período de juventud que también parecieran oponerse al rol de ser padre. La participación en actividades de ocio y lúdicas, el dedicarle tiempo a sus relaciones de amistad y afectivas, el compartir con el grupo de pares son tópicos que aparecen ante el joven como renunciables ante la emergencia del nuevo rol.

En el contexto de la paternidad universitaria, la pérdida de los espacios de ocio es resignificada: ser padre ya no se siente como una catástrofe puesto que las actividades gratificantes y placenteras que antes realizaba en su “tiempo libre” serán, ahora, aquellas que realice el joven con su hija o hijo. Así al menos los describen los entrevistados.

Además, se ha podido observar que la pérdida no es absoluta puesto que no hay una

renuncia total de los jóvenes a sus espacios y, una correcta adecuación de los tiempos, les permitirá continuar con su vida personal con cierta normalidad. Es más, pareciera que entre los entrevistados hay cierta intransigencia de permitir que su paternidad cope todos los espacios de su vida.

Este fenómeno parece ser una resistencia a la “maduración súbita” a la que se han vistos obligados ya que, aunque asumen su responsabilidad parental, no desean ceder más tiempo del que ellos consideran necesario a estas tareas. Esto responde a que el ser joven es asociado a actividades y características joviales y lúdicas, mientras que la adultez prescindiría de éstas (Papalia, Wendkos y Duskin, 2010). La paternidad como componente eventual de la adultez adquiere similar valoración y, sin embargo, se aprecia en ella el carácter lúdico de la juventud (el juego en la crianza del hijo) y la responsabilidad seria de la adultez (el rol proveedor y el rol guía o formativo) pudiendo encontrar cierta síntesis que deje conforme al joven ante ambos mandatos (ser joven lúdico y ser adulto serio). Nuevamente pareciera aparecer una adecuación, un acomodamiento que permite destensionar la situación del universitario padre.

Surge entonces la inquietud de que si no hubiese acaecido la paternidad, ¿el tránsito de las tareas y mandatos de juventud hacia las de la adultez hubiese sido llevado de manera menos conflictiva por parte de los entrevistados? Se espera de un adulto que prescinda de los espacios de ocios, de las conductas irresponsables y de la experimentación social que si se le permite al joven, por lo que podríamos considerar un tránsito normativo deseado, pero que contrapone a la juventud con la adultez.

Pareciera ser que esta forma de transitar también se instala en la experiencia de los jóvenes padres universitarios, induciendo la renuncia a las actividades propias de la juventud y, a través de los estereotipos de género, obligando a contener la emocionalidad de dicha pérdida.

A pesar de todo los factores que están interviniendo en la experiencia del joven y que lo conducen a postergar y reprimir su

posible malestar, emerge una pugna interna pues, aunque los entrevistados manifiestan que la pérdida de estos espacios no resulta importante, por otro lado evocan pesar, pero más revelador aún es que intentan realizar cada vez que pueden actividades correspondientes a recuperar o mantener dichos espacios, mientras que omiten o relegan otras tareas.

¿Para la madre universitaria, la experiencia de maternidad se vive también de manera conflictiva? ¿Es igualmente importante para ella los espacios de ocio que los varones tanto parecieran defender? Como indicio a estas preguntas podemos señalar que uno de los entrevistados comentaba que la madre dejó de asistir a scouts y lo vivió con mucho pesar.

Género y Paternidad

Al abordar la temática sexual previa al embarazo durante las entrevistas, surge en la mayoría de los casos un relato de negligencia y de pasividad respecto a conductas de autocuidado. Este punto probablemente se relaciona con el imaginario de irresponsabilidad y a la idea de “a mí no me va a pasar” con los que se asocia a la juventud. Sin embargo, parece responder también a un ordenamiento de las tareas por género, en el que tradicionalmente se ha adjudicado la responsabilidad de la contracepción, el embarazo⁸ y el cuidado de los hijos a la figura femenina.

Es importante recordar que la juventud es también un período donde la conformación de la identidad de género es relevante, donde se vivencian y reconstruyen los roles de género mediante la socialización con terceros y, particularmente, con la conformación de parejas (Castaldi, 2009). En este ámbito, se vuelve interesante observar que en estos jóvenes, que se sitúan en un contexto social - la academia- donde los roles y la

⁸ Olavarría (2001) expone que los hombres suelen transferir la responsabilidad de las consecuencias de la sexualidad de ambos a la mujer pues se supone que ella sabe cómo hacerlo, tiene acceso a los métodos anticonceptivos o bien porque fue socializado en que es la mujer la responsable de hacerlo.

configuración tradicional de género son permanentemente cuestionados o evaluados, se mantenga la idea de que es la mujer quién debe hacerse cargo o tomar las decisiones y la responsabilidad en la contracepción y, posteriormente, asirse como la principal responsable del cuidado y crianza de los hijos.

De este modo se va definiendo un estilo de paternidad que posee rasgos tanto reproductores de las dinámicas tradicionales del ordenamiento de género (Olavarría, 2001) como rasgos disidentes de esta visión. Ambos tipos se contradicen y permanecen en conflicto aunque las diferentes situaciones van decidiendo cuales se perpetúan en la construcción de identidad paterna de los jóvenes universitarios y cuales son relegados a un segundo plano.

Uno de los primeros elementos de construcción identitaria de la paternidad que emergen de los casos estudiados son aquellos que aparecen ante el interés de los jóvenes por compensar el mayor involucramiento (imaginario o real) que a la mujer le corresponde ante la maternidad. Sienten que mediante la ocupación de dar respuesta a lo económico lograrán equilibrar las ocupaciones de ella. No se cuestionan la posibilidad de participar de otra forma en los cuidados del niño frente a su reciente paternidad. Se genera, de este modo, un escenario en el cual las tareas que emergen con el nacimiento de un hijo derivan en roles definidos y cuasi excluyentes entre el quehacer de madre y padre⁹. Esto es preocupante si se está apostando socialmente a la construcción de nuevos roles y a la igualdad de género¹⁰ sobre todo considerando el grupo social del que estamos hablando.

⁹ “Para el modelo de masculinidad y paternidad dominante, los hombres adultos se caracterizan entre otros aspectos, porque trabajan (remuneradamente), constituyen una familia, tienen hijos, son la autoridad y los proveedores del hogar. En oposición a las mujeres que pertenecerían al ámbito de la casa, a la crianza de los hijos y serían protegidas y mantenidas por sus maridos” (Olavarría, 2001, p.15).

¹⁰ Según Pulerwitz y Barker (2008, en Aguayo, F., Correa, P., Cristi, P., 2011) los hombres orientados a la equidad de género son sujetos que reconocen la igualdad de derecho en hombres y mujeres, consideran

Este escenario sustenta el convencimiento de los universitarios padres que los cambios en su propia vida no son tan “importantes” como los que ocurren en la vida de la madre, pues las tareas socialmente definidas para el padre no parecen ser incompatibles en uso del tiempo con el rol universitario, mientras que la madre se ve obligada a dedicar todo su tiempo al cuidado del embarazo y luego a la crianza del hijo. Sin embargo, ante esta consideración del padre, llama la atención que la repartición de los gastos de cuidado del hijo se realice de forma igualitaria, tanto el padre como la madre aportan lo mismo, y éste sea un acuerdo implícito. Esto no sucede con el resto de las tareas de cuidado ni en los primeros meses ni posteriormente.

Esta situación valida la idea de que nuestra sociedad aún se mueve en un imaginario de tareas de género determinadas, aunque con ciertos rasgos más “progresistas” o igualitarios que parecieran beneficiar más al hombre que a la mujer. En este sentido, Olavarría (2001) plantea que, si bien es cierto, hay hombres que tratan de diferenciarse del modelo tradicional en la división de géneros esto no sucede con facilidad puesto que “*así como representa una carga, también le permite hacer uso de poder y gozar de mejores posiciones en relación a las mujeres*” (Olavarría, 2001, p.15).

La idea de que para el hombre la paternidad no significaría grandes cambios es contradictoria a la emotividad con que reaccionan frente a la noticia del embarazo y con los cambios que, de hecho, evidencian en sus relatos. Ellos parecieran no querer admitir debilidad ante los cambios y, por lo mismo, tampoco solicitan algún tipo de ayuda, mientras que valoran positivamente el apoyo que se le brinda a la madre desde la universidad o a través de programas gubernamentales.

que su responsabilidad en el hogar supera el rol proveedor, incluyendo tareas de cuidado, paternidad y tareas domésticas, asumen la responsabilidad en la prevención de enfermedades de transmisión sexual y del embarazo, tomando la iniciativa en el uso de métodos anticonceptivos, entre otras.

De este modo, se aprecia el carácter sostenedor o el rol de pilar que los jóvenes intentan construir para sí, para el hijo y para la madre, y esto podría corresponder a la forma en que han ido edificando su identidad de género¹¹ y perpetuando los estereotipos masculinos¹².

En este punto resulta interesante observar que Olavarría (2010) plantea que tanto la paternidad como el trabajo son mandatos de la masculinidad hegemónica; la paternidad como “una de las formas sociales mediante las cuales se exterioriza la identidad masculina” (Montesinos, 2004, pág. 199) y el trabajo en tanto habla de la capacidad del hombre de ser autónomo, responsable y proveedor (Olavarría, 2001). De esta forma consideramos necesario y prioritario que en próximas investigaciones se indague en la identidad de género que los jóvenes padres universitarios construyen dadas las circunstancias particulares en que viven su paternidad.

Posición satélite y validación paterna

En el caso de los jóvenes padres universitarios, la paternidad no se correlaciona tan claramente con un rol de autoridad frente a la crianza de los hijos por diversos motivos, adquiriendo los jóvenes la sensación de no ser y no poder ser “completamente padres”. Aquí juegan un papel fundamental diversas figuras, en especial, la madre del niño y la abuela materna del mismo. La abuela materna actúa muchas veces como un agente del discurso

¹¹ El ser sostén y/o pilar es una característica que aparecerá también en la forma en que se relacionan con el hijo siendo un rasgo diferenciador, según ellos, respecto a la maternidad.

¹² Montesinos (2004) plantea la existencia de percepciones colectivas en torno al ser hombre y que derivan en la generación de estereotipos masculinos, cuyos rasgos principales son el ser: “(...) competitivo, fuerte, independiente, muestra autocontrol, responsable, atraído hacia las grandes acciones o aventuras, inteligente, no expresa su emotividad, no llora, tiene predisposición técnica, dominante, protector, competente, lógico, viril, proveedor de la familia, tiene iniciativa sexual, autoritario, deportista, basa el sexo en el principio del rendimiento.” (Montesinos, 2004, pág. 203).

tradicional intentando reposicionar el rol proveedor del padre como tarea principal de su paternidad. Muchas de las tensiones -que podrían mantenerse en el mundo interno del joven universitario- se ven explicitadas en la relación conflictiva con esta figura.

Las diferencias en los estilos de crianza con la madre es otro elemento que tensiona su experiencia de paternidad. Cuando no existe una relación de pareja con la madre, algunas de las diferencias entre los estilos de crianza no son puesto a debate sino que son acatados y naturalizados tal como sucede con la idea de que es la madre la más capacitada para criar.

En este contexto, los jóvenes no parecen sentir opciones de diálogo o posibilidad de lograr acuerdos al respecto ya que se sienten limitados (o intimidados) a expresar sus diferencias por la mayor autoridad que tiene la madre, asumiendo entonces un papel secundario en la crianza del hijo. En este sentido la capacidad de tomar decisiones respecto a la crianza parece ser un elemento gravitante para la validación de su paternidad.

Así también resulta interesante notar la importancia otorgada por los jóvenes a la formación valórica y al rol de guía ante sus hijos y, aún más relevante, que éste sea otro elemento de validación como padres. Esto aporta a que, en la medida que el hijo crece, el joven se sienta “más padre”, pues ya puede participar desde otras dimensiones que no son solo el cuidado físico y material del hijo.

Desde otro ángulo de este complejo contexto, existe un marco legal que hasta hace poco tiempo otorgaba automáticamente la tuición y potestad a la madre. El sistema judicial se vivía más como una amenaza al rol paterno que como una posibilidad de buen entendimiento y el logro de acuerdos. Estos elementos profundizaban la sensación de vulnerabilidad de los padres frente a la toma de decisiones en la crianza de sus hijos. Por ello, y ante la desconfianza del marco jurídico muchos de los padres persisten en la idea de construir, a través del diálogo y la eventual resignación, el entendimiento y el consenso necesarios para posibilitar una buena crianza para su hijo.

Muchas creencias que manifiesta el joven padre universitario no son contrastadas con la realidad asumiendo, nuevamente, un rol pasivo, adaptándose a las exigencias y tareas que el medio y el resto de los involucrados en la crianza le van solicitando, apagando los incendios que emergen de vez en cuando y utilizando la improvisación en los cuidados y crianza del niño. En este escenario cobra mayor sentido el impulso a la paternidad activa que promueve la participación constante y proactiva del padre en las diferentes tareas de crianza yendo más allá del rol proveedor (CEPAL, 2001, 2002, 2011; Aguayo et al., 2013).

Así mismo, es esta pasividad inicial la que se refleja en la ignorancia de sus deberes y derechos como padres en el sistema judicial. No es posible saber, a través de las entrevistas realizadas, si esta actitud es por indolencia, comodidad o temor, pero los jóvenes padres no buscan mucha información ni de ésta ni de otras aristas de su paternidad, promoviendo con mayor fuerza el estereotipo de género que define a la madre como la más capacitada para hacerse cargo de la crianza.

Por todo esto, la madre y la abuela materna se constituyen como cuidadoras principales pudiendo ser agentes que transmiten y reproducen un ordenamiento tradicional de los roles de género y elevándolas a la figura de jueces del ejercicio paterno del joven universitario. Sin embargo, son estas figuras las que también podrían facilitar la entrada del padre a las labores de cuidado, permitiendo en consecuencia que el varón se involucre en esta dimensión, posibilitando una forma distinta de ejercer su paternidad y contribuyendo a romper la sensación de distancia que siente el padre universitario.

Postergación emocional

La paternidad implica para los jóvenes una fractura importante en su cotidianeidad, pero que en su relato intentan minimizar positizando la llegada de un hijo a sus vidas por lo que cualquier sentimiento negativo se vive, además, con culpa y censura. Pese a esto surgen elementos que permiten observar

que los jóvenes se sienten conflictuados en términos emocionales. Esto resulta preocupante cuando observamos que ellos no manifiestan una tendencia a buscar ayuda o a compartir su mundo emocional.

Esta falta de apoyo podría tener su raíz en el imaginario tradicional donde se induce a minimizar la emocionalidad masculina (Montesinos, 2004), a la vez que se rechaza cualquier tipo de ayuda que facilite la experiencia de paternidad. Pero también puede influir la necesidad de validarse como sujeto independiente, donde la capacidad de hacerse cargo del niño sería entendida por los jóvenes padres como una forma de autonomía y madurez, características necesarias para ser considerado adulto competente.

A la par de lo anterior, los padres se arrojan la tarea de cuidado emocional del hijo, utilizando este mandato como razón para no generar conflictos con otras figuras involucradas en los cuidados. Esta idea se condice con la construcción identitaria de pilar o sostén emocional del niño y de la madre dotando el relato de cierto cariz heroico. Es decir, sería tarea de los progenitores, pero especialmente del padre, sacrificar la propia tranquilidad emocional en post de la tranquilidad y bienestar del hijo.

Aunque el bienestar físico y emocional de los niños deben ser resguardados y protegidos, el entender este mandato como dogma reduce el campo vivencial del padre pudiendo traer en el mediano plazo consecuencias emocionales más severas de las que se intentan evitar para el sistema familiar, para el joven y en particular, para el hijo. Es importante entonces intentar extender el concepto de autonomía e independencia para que no se traduzca en la negación del apoyo emocional y la contención que puedan brindar otros, en estos casos, las familias de origen u otros órganos sociales.

Integrar las vivencias emocionales y ampliar los significados de la paternidad

Retomando el análisis de las tensiones del padre universitario, se puede observar que la dependencia económica respecto a la familia de origen ocupa, en la paternidad

universitaria, un papel central pues facilita el dar respuesta a la tarea de proveer. Como consecuencia de esto, el joven se ve obligado a ceder parte de su identidad de adulto en construcción para asegurar la mantención del hijo propio. Dentro de las tareas de la adultez se mencionan tanto la paternidad como la autonomía económica, agregando que la primera sin la segunda no es posible de alcanzar en plenitud (Arnett, 2006 en Papalia, 2010; Schulenberg, O'Malley, Bachman y Johnston, 2005 en Papalia, 2010). De esta forma algunos entrevistados llegan a manifestar que solo podrán sentirse padres de verdad cuando sean capaces de mantenerse de manera autónoma a sí mismo y a su hijo.

En este punto es interesante observar el tipo de sujeto adulto que se construye desde este relato. El adulto exitoso, desde este discurso, sería un individuo aislado, competente y autovalente que no busca ni necesita ayuda; así mismo el ideal de padre también incorporaría dichos elementos puesto que el ser padre es un mandato de la adultez y el ser adulto es condición deseable y casi indispensable para la paternidad (es más, muchos de los entrevistados sostienen que la paternidad les permitió madurar convirtiéndose casi en adultos). La búsqueda del joven padre universitario estaría centrada entonces en conseguir lo antes posible la independencia económica y la posibilidad de prescindir de ayudas o interferencias externas (incluso la de sus padres o familia de origen) en el ejercicio de su paternidad.

Resulta importante observar que el padre universitario emerge entonces como un “casi padre”, un “padre a medias” por no ser el adulto autónomo e independiente que un padre **debiese** ser, al no dar cumplimiento al rol proveedor del imaginario tradicional de forma autónoma. Además de ser vivida la paternidad como un papel incompleto, la ayuda o el apoyo externo es sentido como algo que tampoco **debiese** recibir pues contribuye a poner en duda la independencia y autonomía del sujeto y, por consiguiente, la propia consideración de padre y adulto.

Ambos elementos resultan al menos preocupantes si consideramos prioritario el bienestar del universitario padre. El joven

“casi padre” vive su paternidad intentando alcanzar un ideal rígido al que, momentáneamente, no puede acceder y que a su vez le impide considerar un desmarque del rol proveedor.

Esto último repercute en la forma en que el universitario se vincula con el hijo. El sujeto polarizado que dice (y se repite) no necesitar de nadie en el ejercicio de su paternidad se aísla y pierde la posibilidad de vivirla vinculado con un entorno que propiciaría la construcción de un estilo parental enriquecido por el apoyo familiar y social, a la vez que acompañado, más protegido y resguardado.

De esta forma coincidimos con la propuesta de Castaldi al considerar que el proceso de independencia debe estar acompañado de la capacidad de articular la interdependencia donde el sujeto pueda construir *“una posición que permita flexibilidad en los movimientos interactivos y desarrollo de distintas potencialidades personales”* (Castaldi, 2009). De esta manera, se abrirían las fronteras de lo deseable para un padre, ya sea adulto o joven.

Sin embargo, como hemos visto, esto no sucede con frecuencia, al menos en los casos estudiados, viendo en esto la posibilidad o la necesidad de una intervención que fomente dichas capacidades en los jóvenes universitarios, considerando para la propuesta que *“la autonomía no es un cierre en sí mismo, no es soledad sino “la capacidad de acceder a un dominio de la gestión de las propias pertenencias” reconociendo al mismo tiempo las de los demás”* (Castaldi, p. 279, 2009). Nuevamente se pone en relieve el papel que pudiesen jugar otros órganos de nuestra sociedad, así como la familia de origen, o en el caso del grupo estudiado, la universidad.

Esta comprensión contribuiría a que el joven padre no insistiera en lograr una autonomía escindido del resto como única forma de sentirse verdadero padre y, en su lugar, podría vivir su paternidad a la vez que construir su propia identidad desde una comprensión relacional que enriquecería su experiencia de padre universitario y le permitiría vivir la experiencia con menos

tensiones o, al menos, con más contención emocional y apoyo.

La construcción de nuevas paternidades

Considerando los diferentes elementos del complejo escenario en el que se encuentran los entrevistados, podemos señalar que se va desarrollando en el joven universitario la sensación de no poder cumplir con las tareas que la paternidad tradicional mandata. Esto sumado a la idea de querer construir relaciones centradas en los afectos, diferentes a las que vivieron con sus padres¹³, va alejando al joven de los imaginarios de la paternidad tradicional y conduciéndolo con mucha dificultad a nuevas formas de comprender su rol paterno.

Una arista significativa de esto, aparece cuando el joven, al no encontrarse en una relación de pareja con la madre de su hijo, debe asumir las tareas de cuidado cuando el hijo se encuentra con ellos en su casa. Esto obliga a involucrarse en tareas que tradicionalmente no le correspondería realizar (cambiar pañales, preparar las comidas, hacer dormir, bañar al niño, etc.) lo que, a su vez, propicia la construcción de una paternidad que difiere de lo que ellos recuerdan y refieren de sus propios padres y de la paternidad tradicional.

La distancia con la madre y la disponibilidad horaria del joven universitario (horario flexible, si lo comparamos con la jornada laboral completa) van configurando un escenario propicio para el ejercicio y comprensión de nuevas tareas de paternidad y, por lo tanto, para el desarrollo de nuevas paternidades.

Los jóvenes sostienen que desean establecer un estilo de paternidad más involucrado, amoroso y afectivo que el que recuerdan de sus padres. Hay cierto cuestionamiento acerca de un estilo de paternidad tradicional distante y poco involucrado en la crianza. Sin embargo esta declaración no siempre se ve traducida en una

mayor participación en lo que al cuidado del hijo respecta (y todo el quehacer asociado; limpieza, orden, y quehacer doméstico en general). El ejercicio de nuevas paternidades implica necesariamente un mayor esfuerzo y compromiso en la ejecución de labores domésticas para el varón (CEPAL, 2001, 2002, 2011; Aguayo et al., 2013), esfuerzo que pareciera no estar dispuesto a asumir y, por lo tanto, he aquí uno de los mayores obstáculos para generar nuevas dinámicas de paternidad y de género.

Por otro lado, otro de los referentes que utilizan para la construcción de su ejercicio de paternidad es la relación que construyeron con su propia madre cuando ellos eran pequeños. Nuevamente aparece la figura femenina como agente importante, esta vez como ejemplo a seguir respecto del tipo de paternidad que los jóvenes desean establecer.

Este es una idea que debiese reforzarse en futuras intervenciones puesto que propicia que los sujetos se orienten a una definición de roles parentales mucho más flexible, además de permitirles hacerlos más participe y de maneras más variadas en el ejercicio de su paternidad.

De este modo, los jóvenes padres universitarios van promoviendo un ejercicio parental afectuoso y cercano con sus hijos, centrado en aspectos lúdicos y gratificantes para ellos como puede ser el reconocimiento de su paternidad por parte del niño o la nostalgia que siente el pequeño cuando no puede ver al padre por algún tiempo. Sin embargo, el ejercicio distintivo de la paternidad en lo afectivo no pareciese estar acompañado de un mayor involucramiento en las tareas de cuidado manteniéndose el varón al margen o participando cuando ya no existe otra posibilidad (la madre no se encuentra y no hay nadie a quien delegar la tarea).

Sumado a esto último, aparece el deseo del joven padre de poder cumplir a futuro con el rol tradicional, el de proveer, rol que lo confirmará plenamente en su condición de padre y podrá reclamar el lugar que le pertenece. Esta función tradicional podrá ser obtenida una vez conseguido el título, mientras tanto se mantendrá como padre en una posición secundaria respecto al ideal

¹³ La necesidad de diferenciarse con la figura del propio padre podría hacer referencia a una marca de necesidad que aparece en estas generaciones al desarrollarse nuevos imaginarios parentales.

tradicional, por lo tanto adquiere la particularidad de ser un estilo de paternidad que, al parecer, será de carácter transitorio.

Conclusión

Como se ha podido apreciar en esta investigación la paternidad universitaria es una realidad donde se conjugan diferentes temáticas experienciales que intervienen y complejizan el escenario vital del joven padre.

Por un lado, se encuentra el tránsito forzoso que significa pasar de un estadio autocomplaciente de experimentación hacia uno cargado de responsabilidades y tareas ineludibles que entregan al joven un peso difícil de tolerar inicialmente.

Por otra parte, aparece la necesidad de responder a las demandas propias y del medio, y asumir la responsabilidad que significa ser padre en una situación en la que estos sujetos sienten que no están del todo preparados, poniendo en duda la continuidad del proyecto vital del joven universitario.

Por último, se observa la búsqueda del universitario de un rol paterno que le complazca, que se diferencie de la propuesta tradicional, pero que a la vez le permita sentirse en potestad sobre su hijo y su crianza.

De esta forma hemos podido observar y comprender la experiencia de paternidad de estos jóvenes padres desde sus relatos, considerando los elementos contextuales que los condicionan, las temáticas que para ellos resultan relevantes, los agentes que intervienen en el ejercicio de su paternidad y la forma en que ellos van viviendo, construyendo y reconstruyendo su identidad como padres, como jóvenes y la relación con su entorno y con su propio hijo.

Así hemos podido entender que si bien es cierto estos jóvenes universitarios que son padres viven, en algún momento, su paternidad como un evento poco deseado y que los conflictúa en diversos ámbitos, logran acomodarse y hacerse cargo de esta situación de manera más o menos efectiva, logrando construir una forma de ser padre que les resulta, hasta cierto punto, satisfactoria.

La conflictiva principal del joven padre universitario se construiría principalmente por la contraposición artificial que existe entre las tareas de juventud y la paternidad. Artificial puesto que son los imaginarios sociales del ser padre y del ser joven los que impondrían esta relación irreconciliable, pero muy real en la vivencia emotiva del universitario. Por esto es importante rescatar la experiencia de estos estudiantes que intentan resolver la problemática haciendo uso de los diferentes recursos de los que disponen.

Sin embargo, el costo que han tenido que asumir en este camino nos parece preocupante puesto que los arroja a una situación de indefensión y vulnerabilidad en su quehacer paterno, además de ser génesis de malestares que han debido o han querido postergar.

Además, los relatos nos han dado testimonio de que muchas veces la resolución de las tareas pasan por descansar en la mayor cantidad de atribuciones y deberes que recaen en la madre -de manera automática- en la crianza de los hijos. Dicho de otro modo, los jóvenes padres se sirven de la división tradicional de las tareas para asumir una postura menos protagónica en la crianza y los cuidados del hijo, perpetuando, de esta forma, los estereotipos habituales de la paternidad.

Finalmente, una característica importante a destacar de este grupo es la inestabilidad en la autoimagen paterna que propicia un trayecto de definiciones y redefiniciones que permite la incorporación de matices y transformaciones al imaginario tradicional de paternidad.

Este carácter, aunque generador de tensiones, les estaría permitiendo adoptar medidas transitorias que posibilitan un desarrollo estable del ejercicio paterno, pero a la vez los obligan a incorporar nuevas tareas. En otras palabras, la inestabilidad propia de la etapa juvenil y el evento de la paternidad no planificada se conjugan para, además de ser generadoras de conflictos, ser una oportunidad para ir desarrollando paternidades más plenas y completas en lo experiencial.

Reflexión

En estos párrafos finales nos vemos en la obligación de realizar una propuesta que considere la complejidad y particularidad del joven padre universitario. Es así que nos proponemos detenernos en algunos elementos que debiesen ser considerados para aumentar el conocimiento de este grupo en particular y atender también sus necesidades específicas.

Una visión del ciclo vital centrado en tareas específicas y su funcionalidad en términos sociales resulta insuficiente e, incluso, peligrosa. Esto es particularmente notorio en el caso de la juventud. Cuando ésta es entendida como un estado de preparación para la adultez centra al sujeto en el futuro y no en sus necesidades, demandas y vivencias presentes.

Esta visión ha llevado a la comprensión y evaluación de los sujetos en función del logro de tareas que han devenido en naturales, sin posibilidades de cuestionamientos, limitando sus experiencias a lo definido culturalmente como normal. Así, cuando el joven universitario se convierte en padre, parece estar condenado a renunciar ser joven para pasar a ser padre/adulto, y, al mismo tiempo, se ve imposibilitado de cumplir en plenitud con las demandas que exigen ambos roles manteniendo su mirada en la fantasía de un futuro mejor.

Por ello, es necesario reconsiderar y cuestionar la normatividad de las tareas por edad para así contribuir a que las experiencias de la juventud no solo sean vistas como una proyección del desarrollo o bienestar próximo, sino que sean vividas y enriquecidas por la experiencia presente del ciclo vital. Es decir, urge que la nueva tarea no obligue a elegir un momento ideal para ser vivida, sino que la tarea sea vivida **en su momento** y enriquecida en éste.

Así mismo, la universidad debe considerar a sus alumnos como sujetos en desarrollo, y debe aportar en el bienestar de los jóvenes ocupándose también de su formación social, aportando a un cambio orientado a la igualdad de género y a las consideraciones de desarrollo psicosocial que antes mencionábamos. La organización

universitaria está mandatada a pensar y repensar la sociedad, en especial en la comunidad donde se emplaza, y aportar en el desarrollo de prácticas y políticas de igualdad, tolerancia, respeto, inclusión e integración.

De este modo, otro elemento a considerar por la institución es el mandato del joven a alcanzar el título profesional. El logro de una carrera es una tarea tanto personal, como familiar y social. Social porque aporta al desarrollo país y a la mejora cualitativa de los servicios del mismo (CEPAL-OIJ, 2003, INJUV, 2013). Familiar porque la familia está mandata a potenciar al joven en sus aspectos más operacionales. Y personal porque permitirá al joven asegurar un estatus socioeconómico y su autorrealización. Es por ello que debiese considerarse una tarea de conjunto posibilitar la continuación de estudios del joven padre. Es decir, el abordaje de los eventos críticos que pudiese enfrentar el universitario, debe contar con el apoyo de las diferentes organizaciones e instituciones donde se desenvuelve (familia, universidad y estado).

Una de las posibilidades que la universidad tiene al alcance es ser el puente entre sus estudiantes padres y los empleos que se ajusten a las necesidades específicas de éstos. Si bien es cierto, esta práctica no aportará para el avance de la igualdad de género, sí permitirá que el paso por la universidad sea menos conflictivo para estos jóvenes, a su vez que queden menos desprotegidos en la búsqueda y acceso de empleos más seguros y estables.

Sería importante poder rescatar, destacar y promover la participación institucional al visibilizar que los jóvenes padres universitarios también se sirven de las ayudas estudiantiles para dar cumplimiento a las tareas de paternidad. La idea de visibilizar esto es permitir que se generen ayudas directas al joven padre universitario, ya sea por parte de la universidad o de programas gubernamentales.

La existencia de alternativas para dar respuesta a las diferentes tareas de la paternidad (sobre todo la de mantención) debe ser puesta en relieve y fortalecido por

las diferentes instancias que intervengan para brindar ayuda al joven padre universitario. La existencia de redes de apoyo en la crianza, económico o educativo, es un elemento que debe ser evidenciado para identificar instancias de las cuales el joven se sirva y le sea más fácil pedir ayuda dado el desconocimiento que los entrevistados manifestaron.

De todos modos, la incorporación al mundo laboral y a empleos de calidad no es el único problema a solucionar. Creemos que existen otras aristas que complejizan la paternidad universitaria en las cuales la universidad podría aportar de mejor manera, a la vez que promover formas multidimensionales de paternidad.

Una de estas aristas a considerar es el aporte que la Universidad pudiese realizar para promover el quiebre de los estereotipos de género tradicionales, ayudando a su vez a que los jóvenes pudiesen involucrarse mayormente en las tareas de cuidado de sus hijos desde un principio. Para ello la institución debiese empezar a considerar instancias que apoyen y faciliten la asunción de paternidad del varón universitario así como permitan dar respuestas a las tareas que la nueva responsabilidad implica. La organización podría fomentar el desarrollo de talleres lectivos sobre paternidad activa tanto en jóvenes padres como de aquellos que no lo son, además de prestar ayuda directa o indirecta en la mantención del hijo del universitario.

Dentro de las temáticas a considerar para el desarrollo de paternidades más complejas sería importante explicitar y positivizar, desde las diferentes instancias, que a mayor involucramiento en el cuidado del hijo más estrecho es el vínculo. De igual modo es fundamental apoyar y orientar al joven en este ámbito para profundizar esta idea, así como su rol de padre y la importancia de su involucramiento para sus hijos dejando en claro lo importante que es para el desarrollo de éstos la figura paterna (Aguayo, Morales y Romero, 2001) además de ofrecer herramientas cognitivas y emocionales que lo posibiliten.

Un mayor involucramiento y preocupación por participar en tales tareas podría contribuir a que el joven se acerque a su paternidad de una forma más segura y activa, ayudando con esto a romper, al menos en parte, con el sentimiento de externalidad que al respecto manifiestan.

Otro elemento a considerar, en instancias psicoeducativas, es apoyar a los jóvenes hacia un cambio respecto de su imaginario del quehacer parental de forma tal que puedan involucrarse desde un comienzo en el cuidado del hijo. Los jóvenes entrevistados se mantuvieron al margen en los primeros meses y reconocen haber empezado a construir un vínculo más profundo de afecto cuando empezaron a participar en las tareas de crianza una vez que el bebé logró cierta independencia de la madre.

Por esto último -y otras consideraciones- es importante incluir a la madre en cualquier iniciativa de desarrollo de nuevas paternidades ya que, dado el rol histórico que asume y se le adscribe, juega un papel importante como posible facilitadora para que el varón se acerque a las tareas de cuidado y crianza de manera más activa. Además es necesario que exista educación tanto para el padre como la madre sobre los beneficios en el desarrollo del niño que entrega el involucramiento activo de ambos progenitores en las actividades de cuidado y crianza.

Por otro lado, hoy en día existe una nueva legislación en nuestro país que intenta romper con la noción tradicional que otorgaba a la madre de manera automática el cuidado de los hijos (ley aprobada el año pasado, conocida como “Amor de Papá”). Cualquier intervención en el grupo de los jóvenes padres universitarios debe contemplar la necesidad de formación en los aspectos legales, sean deberes y/o derechos. La ley “Amor de Papá” ha posibilitado la igualdad de condiciones en el tratamiento judicial de ambos progenitores. Aunque ha habido avances en la materia, el mayor obstáculo que han encontrado los padres que acceden a esta instancia ha sido el criterio con que continúan operando los tribunales de familia (según la

organización Amor de Papá, colectivo que impulsó y dio nombre a la ley referida).

Finalmente, y aunque en las entrevistas emerge la noción de los padres de cuidar su espacio de paternidad, comprendida como un espacio privado, esto no parece ser una postura definitiva puesto que la mayoría de los entrevistados manifestó la necesidad de ser oídos y compartir experiencias con jóvenes universitarios en su misma situación. Su reticencia a involucrar a otros agentes para el desarrollo o apoyo de su rol paterno pareciera ser más bien un sentimiento reactivo frente a la constante sensación de evaluación que experimentan sobre su paternidad.

La fantasía paterna del joven universitario es, en un futuro próximo, poder cumplir a cabalidad con el rol proveedor, fantasía que perpetuaría el discurso tradicional de paternidad. Esto último debe ser una nota de alarma para la sociedad y sus organizaciones que promueven la construcción de nuevos roles, la igualdad de género y la división igualitaria de las tareas, por lo que se hace indispensable crear y apoyar instancias que promuevan visiones distintas al ordenamiento tradicional de género. Se vuelve aún más urgente desarrollar estas instancias entre los jóvenes universitarios puesto que estos son los futuros académicos, intelectuales, promotores, dirigentes y conductores de las transformaciones que el país desarrollará.

Referencias bibliográficas

Aguayo, F., Correa, P., Cristi, P. (2011). *Encuesta IMAGES Chile. Resultados de la Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género*. Santiago, Chile: CulturaSalud/EME. Recuperado desde <http://www.eme.cl/>

Aguayo, F., Sadler, M., Obach, A. y Kimelman, E. (2013) Talleres sobre sexualidad, paternidad y cuidado con hombres jóvenes. Manual con perspectiva de género y masculinidades para facilitadores y facilitadoras. Santiago, Chile: CulturaSalud/EME.

Arranz, E. (2004). *Familia y desarrollo psicológico*. Madrid, España: Pearson Educación.

Bogino, E. (2011). *Modelos emergentes de paternidad: análisis de las políticas públicas y nuevas paternidades*. Trabajo presentado en el Panel 1: Hombres, vida laboral, familiar y personal del Congreso Iberoamericano de Masculinidades y Equidad: Investigación y Activismo CIME 2011, Barcelona, España. Recuperado desde <http://www.cime2011.org/>

Cáceres, P. (2003). Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable. *Psicoperspectivas*, 2, 53-82.

Canales, M. (Ed.) (2006). *Metodologías de investigación social. Introducción a los oficios*. Santiago, Chile: Lom Ediciones.

Cancino, V. y Donoso, S. (2007). Caracterización Socioeconómica de los estudiantes de Educación Superior por tipo de institución. Recuperado el 5 de Marzo de 2013, desde http://www.researchgate.net/publication/26522276_Caracterizacin_socioeconmica_de_los_estudiantes_de_educacin_superior_por_tipo_de_institucin

Castaldi, L. (2009). Los adolescentes y sus familias: reflexiones acerca de un mundo relacional en transformación. En Bilbao, A. y Morlans, I. (Eds.), *Subjetivación, adolescencia, institución: Psicopatología clínica y social*. (pp.265-288). Santiago, Chile: Instituto Psiquiátrico Dr. José Horwitz Barak.

CEPAL (2002). Educación reproductiva y paternidad responsable en el Istmo Centroamericano. Recuperado desde http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/sinsigla/xml/6/11766/P11766.xml&xsl=/publicaciones/ficha.xsl&base=/publicaciones/top_publicaciones.xsl#

CEPAL-OIJ (2003). Juventud e inclusión social en Iberoamérica. Recuperado desde

<http://www.cepal.org/cgi-bin/getProd.asp?xml=/publicaciones/xml/9/13879/P13879.xml&xsl=/dds/tpl/p9f.xsl&base=/dds/tpl/top-bottom.xsl>

De Garay, A. y Casillas, M. (2002). Los Estudiantes como jóvenes. Una reflexión sociológica. *Jóvenes, Culturas e identidades urbanas*. México DF, México: UAM-I/Porrúa.

Dominguez, L. (2008). La adolescencia y la juventud como etapas del desarrollo de la personalidad. Distintas concepciones en torno a la determinación de sus límites y regularidades. *Boletín Electrónico de Investigación de la Asociación Oaxaqueña de Psicología*, 4 (1), 69-76. Recuperado desde http://www.conductitlan.net/50_adolescencia_y_juventud.pdf

Gallardo, P. (2011). Significaciones acerca del rol de padre en hombres adolescentes. *Revista Observatorio de Juventud*, 30, 79-91.

Hernández, R., Fernández, C. & Baptista, P. (2003). *Metodología de la Investigación* (3ª Ed.). México DF, México: McGraw-Hill Interamericana.

Instituto Nacional de la Juventud. (2010). Sexta Encuesta Nacional de Juventud 2010. Recuperado desde http://www.injuv.gob.cl/portal/wp-content/files_mf/sextaencuestanacionaldejuventud.pdf

Instituto Nacional de la Juventud. (2013). Séptima Encuesta Nacional de Juventud 2012. Recuperado desde http://www.injuv.gob.cl/portal/wp-content/files_mf/septimaencuestanacionaljuventud2.pdf

Madrid, S. (2006). Paternidades adolescentes y ordenamiento de género en Chile. *Revista del Observatorio de la Juventud*, 10, 40-49.

Montesinos, R. (2004). La nueva paternidad: expresión de la transformación masculina.

Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial, 2004(2), 197-220. Recuperado desde <http://148.206.53.230/revistasuam/polis/index.php>

Mora, M. (2005). Emoción, género y vida cotidiana: apuntes para una intersección antropológica de la paternidad. *Espiral*, 12 (34), 9-35. Recuperado desde <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=13803401>

Olavarría, J. (2000). De la identidad a la política: masculinidades y políticas públicas. Auge y ocaso de la familia nuclear patriarcal en el siglo XX. En J. Olavarría & R. Parrini (Eds.), *Masculinidad/es. Identidad, sexualidad y familia. Primer Encuentro de Estudios de Masculinidad* (pp. 11-28). Santiago, Chile: FLACSO-Chile.

Olavarría, J. (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres. Varones de Santiago de Chile en conflicto*. Santiago, Chile: FLACSO-Chile.

Papalia, D., Wendkos, S. y Duskin, R. (2010). *Desarrollo Humano* (11ª Ed.). México DF, México: McGraw-Hill Interamericana.

Soto, A. (2005). Características psicológicas y sociales del adulto joven. Recuperado el 5 de Marzo de 2013, desde <https://es.scribd.com/doc/50920379/CARACTERISTICAS-PSICOLOGICAS-Y-SOCIALES-DEL-ADULTO-JOVEN>

Urcola, M. (2003). Algunas apreciaciones sobre el concepto sociológico de juventud. *Invenio*, 6 (11), 41-50. Recuperado el 19 de diciembre de 2012 desde <http://www.redalyc.org/pdf/877/87761105.pdf>

Urcola, M. (2008). Juventud, cultura y globalización. *Revista Perspectivas Sociales*, 10 (2), 11-31. Recuperado desde <http://perspectivassociales.uanl.mx/index.php/pers/article/download/54/54>

Villar, F. y Triadó C. (2006). *El estudio del ciclo vital a partir de historias de vida: una propuesta práctica*. Barcelona, España: Edicions Universitat Barcelona.

Weiss, E. (2012). Los estudiantes como jóvenes. El proceso de subjetivación. *Perfiles Educativos*, 34 (135), 134-148. Recuperado desde <http://www.revistas.unam.mx/index.php/perfiles/article/view/29175/27123>